

Juan Guerra Núñez

Væ Soli!

Novela
Poema

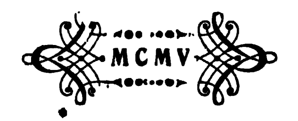
CASA EDITORA:
ESTEBAN FERNANDEZ Y ANIDO
COMPOSTELA, NUM. 72
HABANA: 1905



Juan Guerra Núñez

VÆ SOLI!

(NOVELA-POEMA)



CASA EDITORA:
ESTEBAN FERNANDEZ Y ANIDO
COMPOSTELA, NÚM. 73
HABANA

A mi padre, el Sr. J. Guerra Cisneros,
dedico este libro
como prueba de mi más profundo respeto y de
mi cariño más sincero.

J. G. N.

OPINIONES SOBRE ESTE LIBRO Y SU AUTOR

Es muy joven y ya su nombre empieza á volar con aleteos de águila en el horizonte de las "altas letras".

Pertenece á esa juventud de que habla Catulles Mendes, la que siempre conserva la esperanza de meterse la luna en el bolsillo.

Es artista y rebelde: hijo del siglo.

Su prosa tiene la blancura de un nardo asirio; el atractivo de un loto; la cristalización albea de un lirio del Japón; la brillantez de una rosa de Samaria; la púrpura de un terebinto de Judea; el candor de un miosotis en el pecho de una virgen, y la suave melancolía de un crisantemo marchito en un jarrón de oro, bajo la luz triste de un crepúsculo.

El triunfo será suyo.

J. Pastor Rios.

❋❋❋

Adoro á todos los jóvenes escritores que comienzan brillantemente como Ud.

Conde Kostia.

La Literatura es el arte que sintetiza las bellezas producidas por pintores, músicos y escultores. Su finalidad es harmonizar y traducir las tendencias que en estos artistas se manifiesten.

El libro ideal será aquel que sugiera en el cerebro del lector los colores que fijan los pinceles, las formas que graban los cinceles y los estados de ánimo que evocan las melodías.

Væ Soli! responde á estas condiciones que esboza la crítica y ratifica el estudio de las joyas literarias contemporáneas.

Hay en esa obra páginas delicadas que revelan en su autor un manantial inagotable de exquisiteces.

Por las descripciones se manifiesta fiel observador y hábil copista de la naturaleza.

Y en el alma de algún personaje hay algo de su alma. Ciertos vívidos párrafos son de un raro subjestivismo, gemmas que se destacan entre la pedrería de esa diadema que ofrenda á la Belleza.

Las doctrinas filosóficas de un autor, son expresión más ó menos fiel de las creencias que imperan en su época.

Por eso, ahora que la mezquindad moral triunfante trae de la mano al escepticismo, la fatalidad es el eje en que gira esta novela–poema.

Gabriel de la Campa.

Aguardo la publicación de tu novela. Debès editarla á la mayor brevedad. No temas. Si tiene sus *lagunas*, por ser tu primera producción, también tiene sus bellezas.

Como tu alma, es triste, desolada...

Joaquín Pérez Figueredo.

❋ ❋ ❋

Ud., mi inteligente poeta, es de los pocos que me han comprendido. ¡Qué sensación más agradable la que ha producido su espíritu artístico en el mío, siempre sediento del verbo edificante como lo es el suyo!

Espero ansiosamente la publicación de su libro del que sólo conozco fragmentos.

Rafael Octavio Galván.

❋ ❋ ❋

Con ansia aguardo su libro, que debe ser interesante por venir de un alma de verdadero artista.

Amo todo lo que sale de su pluma de oro: verso, prosa...

Raf. Angel Troyo.

❋ ❋ ❋

Juan Guerra Núñez, el cincelador de esta joya, es un discípulo de muchos maestros: de D'Annunzio, de Nervo, de Darío.

Yo profetizo que será de los elegidos.

Juan D' Sola.

No anheles, poeta, en esta tierra proterva, el aplauso ó el acatamiento.

"*Comprender es igualar.*" ¡Ay de los míseros que, cegados por el coruscante resplandor de la apoteosis, se solazan con el triunfo, en este barrio tan apartado de la intelectualidad americana!

Arturo R. de Carricarte.

❋❋❋

Es muy de lamentarse que quien como Ud. posée alas para volar muy alto, tenga que permanecer en la reducida jaula en que lo encierran las amargas realidades de la vida.

Luis de la Cruz Muñoz.

❋❋❋

Lo felicito sinceramente por haber escrito *Væ Soli!;* obra de artista refinado y de psicólogo sutil.

Alejo Pinilla.

PRÓLOGO

Este libro no es una novela real, sino un poema ideal.

Es el esplendor de un sueño que forjó mi fantasía en noche de dolor. Es como una acuarela impresionista, como una balada inconclusa, como un beso interrumpido, como una estatua trunca.

Es un poema doloroso soñado en noche de tormenta.

Hay quien ha creído ver en esta obra mía la confesión de una historia vivida; el relato de un pasaje de amor y de dolor.

Mas no es así.

Como antes declaro, *Væ Soli!* es la sombra de un sueño, el esplendor de algo que brilló tan sólo para mí, en noche de tempestad.

Es una realidad soñada; no un ensueño hecho real.

Es como el fragmento de un ánfora hallada entre las ruinas de una necrópolis antigua.

Es como el cadáver de un lirio sin mácula, encontrado en el cofre de oro de viejas añoranzas.

Es, en fin, como el eco de una pasión lejan
como la remembranza de un ensueño de amor, vist
en delirio...

Estéril es el libro, como el sacrificio de Leono
Ruiz, la heroina admirable.

Triste, desolado y enfermo, como el alma de Ga
briel Alsina, el poeta inimitable que lloró su dolo
acerbo ante la fosa de la amada.

Para los que sollozan por sueños extintos, po
ideales irrealizados, por ilusiones muertas, he escrit
este libro desolador.

J. G. N.

~~~~~~~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~~~~~~~

A la luz de una lámpara de pantalla rosada, leyó Gabriel Alsina la perfumada esquela en la que la condesa de Uglino, accediendo á sus repetidas súplicas, lo citaba para celebrar una entrevista en su casa de la avenida de San Gregorio, aprovechando la ausencia de su marido que se había refugiado en Monte Carlo para disipar su neurosis y su capital.

Aquella mujer idealmente bella, era para Alsina el ideal más alto. La aspiración suprema de su vida se reducía á escuchar los latidos de su corazón, bajo las enramadas de sus jardines en una noche de luna, decirle con voz trémula: ¡Te amo!, y desflorar sus labios con un beso prolongado y dulce; con un ósculo que tuviera el poder de dominarla, colocándola bajo su tutela para siempre.

El había visto en aquellos sus ojos un no sé qué de misterio, algo casi divino que recordaba los rostros angélicos trazados por Leonardo, ó las caras virginales de las madonas de Rafael.

Había en la voz de aquella dama severa y triste, todos los sonidos armoniosos del Pastoral de Beethoven, todos los preludios argentinos de una rapsodia húngara, todas las fugas de una canción bretona...

Sus labios, de un rosado pálido, simulaban una roja rosa que se muriera bajo las tristezas de una nevada inclemente.

El color ambarado de su piel, donde se transparentaban las venas azules, tenía algo de extrahumano que despertaba un anhelo vehemente de adorarla como á una virgen.

Tenía de todas las magnas creaciones femeninas: de Ofelia, de Laura, de Beatriz, de Helena, de Margarita, de Monna Lisa...

Resumen de todas las purezas psíquicas, *especímen* de todas las purezas de la carne dormida, á pesar de los gritos que sobre ella lanzara, en noches de lujuria y embriaguez, la bestia feroz de su marido á quien no amaba.

El era corpulento, sanguíneo, casi calvo,l os ojos pequeños de garduña, el bigote alambrado, la voz chillona, el abdomen abultado, el mentón deprimido, el alma vil...

Ella: el arquetipo, el ideal...

El: el prototipo de la vileza, cobarde y sensual...

Alpha y omega, principio y fin, luz y sombra...

Alsina conocía todos los particulares de aquel matrimonio de conveniencias monetarias para el padre de Leonor Ruiz.

En los salones se susurraba que su progenitor, próximo á una quiebra fraudulenta aceptó de buen grado para dar por marido á su hija á Paolo Mallachia, conde de Uglino, italiano adinerado, que se había enamorado locamente de aquella espiritual criatura, bella como una balada de Rotoli.

Leonòr Ruiz no protestó de aquella unión á la que la obligaba el destino cruel. Fué gustosa al sacrificio por salvar á su anciano padre de la cárcel.

Y fingió amarlo para que el pobre viejo arruinado, se sintiera feliz en los últimos días de su vejez.

Cuando murió Julio Alba, su prometido, juró no pertenecer más que á él en espíritu.

La memoria del amado muerto, agigantada por la separación eterna, tomó las formas de un culto para la pobre niña, que, próxima á realizar su sueño

de amor, se sentía herida de muerte por el hado adverso, que se llevaba de la vida al pálido pintor con el que había soñado en dulces noches de primavera.

La silueta quijotesca del vencido se alzaba en sus rememoraciones dolorosas, en los mirajes del recuerdo, más viva que en la propia vida; con más pujanza que en los días en que escuchara de sus labios, que animaba la existencia, palabras amorosas.

Aquel muerto era para Leonor un recuerdo vivo y eterno, que se disiparía solamente cuando ella dejara de existir.

Y lo amaba así muerto, lò idolatraba así dormido bajo las sombras de los verdes pinos del cementerio, con ese amor todo pureza, con ésa pasión de lo irrealizable, con ese deseo de lo imposible, con esa nostalgia de las almas escépticas que sin esperar la redención la aman.

Y se desposó con él, ante el ataúd de paño negro que iluminaban las luces trémulas de los blancos ciriales, sellando con un beso frío como la muerte que lo hacía inmortal en su memoria, el mudo juramento que había hecho de serle fiel.

Las campanas de las iglesias repicando tristemente por el alma que se iba, rimaron el epitalamio de aquellas bodas fúnebres en las que la muerte fungía de sacerdote. .

Para Leonor fué Julio Alba, desde el día de la separación. algo más que el prometido muerto; más aún que el amado caído en mitad de la carrera. Fué el esposo legítimo á quien había entregado su alma blanca para que la poseyera bajo la losa de su sepulcro, ya que no podía poseer su cuerpo escultural de virgen pagana sobre las níveas sábanas del tálamo nupcial...

Ese amor inextinguible é ideal tomó en fuerza de su larga y poderosa vida, todos los caracteres de la

realidad; fué un sueño vívido, fué un ideal que persistía gracias al temperamento de Leonor, que no veía en su ideal trunco, en su ilusión extinguida, sino una aspiración realizada.

Diariamente llevaba á su sepulcro rosas blancas por ella cultivadas á ese fin, y derramaba sobre la tumba del amado los pétalos fragantes, que eran como ósculos de amor.

Hacía ya más de un año del triste suceso y continuaba en sus peregrinaciones piadosas hacia la necrópolis sombría donde Julio Alba descansaba por siempre de las negruras de la vida.

No sentía el dolor desesperante de la eterna ausencia, pues amándolo del modo que lo amaba, lo creía vivo su calenturienta fantasía.

Ante su retrato, por él mismo pintado, permanecía largas horas, abstraída en la contemplación de aquellos sos ojos sombríos que se diría miraban las pupilas de Leonor, no apartadas del lienzo durante el éxtasis.

Y le hablaba á la cara dibujada en la tela, ya un tanto descolorida; le confesaba sus presentimientos; le pedía consejos al rostro que sonreía con el rictus doloroso de sus labios que formulaban una protesta contra el destino brutal y ciego que de modo tan violento había separado dos vidas, colocando entre ambas el abismo infranqueable de la muerte.

En esas horas de felicidad relativa en las que besaba el rostro pálido con el mismo apasionamiento con que hubiera posado sus labios nostálgicos de caricias sobre la boca sensual del amado; en esos momentos en que resucitaba al muerto para amarlo con delirio, supo que sólo ella podría salvar á su anciano padre del horrible martirio de la deshonra.

¿Y tendría ella valor para ver entrar al anciano en presidio, baja la frente, arrasados de lágrimas los ojos, al escuchar el ruído de los grillos que lastimaban sus pobres carnes ya exangües?

¿Podría ella permitir tal sacrificio? ¡No! Ella lo salvaría de la deshonra, ella ofrendaría su cuerpo desnudo á la lascivia del conde Uglino, con tal de que su padre pudiera satisfacer las deudas que lo empujaban hacia el oscuro calabozo de la cárcel ó hacia el fantasma lívido del suicidio que, con los brazos extendidos, se había acercado en las altas horas de la noche, en los momentos de extravío, al lecho en que se revolvía casi enloquecido de dolor.

Y comunicó al anciano sus proyectos, fingiendo un amor que no sentía por el conde, haciéndole creer al pobre padre que la figura de Mallachia eclipsaba por completo el recuerdo de Julio Alba.

¡Ah, y cómo sufría la pobre niña al pronunciar el nombre del amado muerto, al que no podría llevar más flores por las tardes!

La belleza de Leonor escudaba al autor de sus días que, creyendo en sus palabras consintió en las pretensiones del conde Uglino, toda vez que ella lo aceptaba como marido.

Los acreedores retiraron sus demandas, el viejo halló crédito de nuevo y dos meses después, en la Catedral, el conde y Leonor se unían para siempre, bajo la mirada de un Dios impasible que no descendió de la cruz para impedir la consumación de aquel sacrificio.

Cuando la condesa penetró en su nuevo hogar del brazo de su esposo, ya á solas los dos y cuando él, sujetándola por la cintura quiso besarla en la boca, se volvió indignada, como si aquel hombre fuera un extraño y le lanzó en plena faz, con voz metálica é hiriente como el filo de una daga damasquina, estas palabras:

—Me he vendido á vos por salvar el honor de mi padre. Sóis el dueño de mi persona, de mi carne que os enardece y os provoca. Poseedla si queréis, apagad vuestra lujuria sobre mí; pero tened entendido para siempre que mi espíritu es de otro, que

sólo á él quiero, que tan sólo á él amo hasta la locura, así como os desprecio á vos, que solamente véis en mí la hembra que aplacará vuestros deseos. Soy vuestra esclava, nunca vuestra esposa. Me podéis obligar á que me entregue á vos, jamás á que os ame.

El conde, lívido y aterrado, creyéndola loca, intentó convencerla, para lo cual estampó un beso en su abrasada frente.

Leonor, rápidamente y como contestando á una agresión, gritó fuera de sí, en el paroxismo de la desesperación:

—¡Cobarde!

Y se refugió tras los cortinajes arábigos de una puerta, comenzando á llorar.

El conde, cruzados los brazos en actitud clownesca y queriendo tomar un aspecto riente que estaba muy lejos de poder interpretar esa noche, dijo á la condesa, que seguía llorando oculto el rostro entre la roja tela de la cortina:

—No comprendo vuestro proceder, señora. Acabáis de jurar ante Dios y la ley amarme, y ahora os retractáis, alegando que no podéis pertenecerme por pertenecer á otro. Decidme quién es el que se coloca en mi camino, cuando la felicidad me sonríe. ¡Decídmelo por piedad! que yo os juro por mi glorioso escudo, que he de derramar su sangre gota á gota... Decidme con quién váis á hacerme traición, entregándoos en el propio lecho en que se acuesta el conde Uglino, vuestro esposo ante la ley, vuestro marido ante los hombres...

—¡Pero no ante Dios!..—replicó la condesa, que acababa de recuperar su sangre fría.

—Bien, señora; si no queréis ser mía por las buenas, lo seréis á la fuerza. No acostumbro cejar ante los obstáculos, y en cuanto al *otro* de quien habláis, haced el favor de olvidarlo, pues no consentiré que sobre los cuarteles de mi blasón arroje

fango pestilente una ramera vil, hecha condesa por la generosidad de un Mallachia!

Leonor, ante la ofensa brutal, al oirse llamar ramera, ¡ella tan casta! cayó desvanecida presa de un síncope...
....
....

Cuando volvió en sí se encontró en el mismo lecho del conde, oyendo su respiración fatigosa después de una noche de placer.

Trató de incorporarse para huir; pero no pudo á causa de la extenuación.

El tálamo en desórden y los dolores físicos que experimentaba la aterraron.

Resignada, sin embargo, se mostró al conocer la fatal noticia. Pero ¿era que ella podía oponerse á los deseos de su marido?

Y aceptó la consumación de los hechos.

Su conciencia, único juez que reconocía, la había absuelto.

Su virginidad espiritual no estaba hollada.

Julio Alba no tendría nada que reprocharle. Esa noche lo había evocado en la iglesia, cuando el órgano lanzaba por sus tubos de metal los místicos cantares.

Su padre tampoco. Por él había sacrificado su vida, su porvenir.

Cuando el conde despertó, Leonor temiendo que el anciano conociera su desgracia por confesión de Mallachia, imprimió sobre su boca ardorosa un tierno ósculo de paz, mientras con voz suplicante le decía:

—Perdóname, no sé lo que te dije. La emoción era muy fuerte. ¡Cuán feliz soy á tu lado, oyéndote respirar!

—¿Quién es ese otro de quién me hablabas anoche?—le preguntó el conde.

—¡Ah! no recuerdo... tal vez sería que me acordaba de Carlos Vargas, un primo mío que me quiso en un tiempo. Deliraba, créeme; ya no me acuerdo de él. Olvidemos eso. ¡Qué grato es amar!

Y el conde, incapaz de penetrar en los laberintos de un alma, hombre que no sabía el significado de la palabra psicología siquiera, creyó firmemente en lo que la condesa le decía, acabando por no dar importancia á la desagradable escena de la noche anterior.

Los condes de Uglino, después de un corto viaje á Europa, regresaron á la capital donde comenzaron á frecuentar los salones de la alta aristocracia que abría sus puertas para ellos.

GABRIEL Alsina no era un rebelde; más bien un vencido por el medio ambiente en el que se había desarrollado su personalidad. De su lira no brotaban los cantos trágicos, los himnos que congregan á la lucha.

Improvisar un discurso sobre la barricada humeante, no le seducía tanto como deshojar la rosa de un madrigal á los piés de una dama.

Morir sobre la mesa de trabajo, á la luz de la lámpara, le parecía más sublime que ser sorprendido por la pálida enlutada en medio del fragor de la batalla, desmelenada la negra cabellera y rojo en la sangre de la propia herida.

Morir como la luz de un cirio, no como la llama roja de un incendio, era su anhelo; como un cisne en noche lunar, sobre las aguas quietas del estanque; no como un águila bravía en el belfo del volcán.

Morir como Casal, en un banquete; alta la copa de champán, improvisando el último brindis á manera de las aves del Eurotas que se despiden de la vida con un canto.

Morir así, tristemente, con la dulzura de un último verso de amor, no con el estrépito del postrer cañonazo de los revolucionarios que en el reducto pactan con la muerte.

Apasionado por la literatura francesa fué un simbolista, discípulo de Baudelaire y de Regnier.

El insulto de los clásicos de aldea, de los hierofantes de la parroquia literaria, cayó sobre él, en forma de artículos insustanciales y de críticas insultantes.

Su crimen mayor consistía en no haber aceptado como maestro á José Pérez Trueba, zoófito aclamado por la estulticia de la juventud intelectual.

Las revistas no aceptaron la colaboración de Alsina por su *actitud antipatriótica.*

Incapaces de comprenderlo, soltaron sobre el poeta la jauría hambrienta de los odios rurales.

Y él se encastilló en su alcoba, abroquelado en su indiferencia que enrabiaba á los falsos representantes del arte.

Fué un turiferario de su *yo.*

Su rima no tenía de las violentas transiciones de la música wagneriana, sino que era dulce, fluída, melodiosa, como las óperas de Puccini ó los valses de Waltelfeult.

En su verso impecable había reminiscencias de las pinceladas de Durero.

Solo, taciturno, consumido por el hastío vivía él, prematuramente desencantado de la vida, perdidamente enamorado de la muerte.

Sus poemas delicados fueron los capítulos del libro de su existencia.

Había sido un viejo desde los quince años. Jamás en el colegio, en las horas del recreo, se le vió con sus compañeros bulliciosos y alegres. ¡Siempre retraído, siempre triste, siempre solo!

Mientras sus condiscípulos corrían por las aulas, él, en un rincón de la sala llena de pupitres y libros, escribía sus primeras rimas en las que flotaba ya la melancolía intensa de su alma.

Educado en un convento de jesuítas de una capital sur-americana, su individualidad se abrió como una blanca flor de fastidio bajo el cielo gris de las ...ticas escolásticas.

Su temperamento de artista encontró en las liturgias de la religión romana, en el incienso opalino que invadía el atrio, en la música sacra del armónium, en toda aquella apoteosis divina y simbólica, uno como consuelo á sus dolores, algo como un ósculo fraternal sobre sus labios descoloridos.

Y fué un enamorado de los crepúsculos, que vistos á través de las góticas vidrieras del convento adquirían un tinte de pintura mística.

Como todo soñador, se había forjado una belleza, un símbolo irreal, un modelo incorpóreo.

La virgen de sus rimas, la maga inspiradora de sus cantos, nacida entre las cuerdas de su cítara, era bella como Ifigenia, blanca como un cisne, sin mácula cual un lirio.

El le había infundido vida con el soplo divino de su aliento de creador, él la pintó en sus estrofas con su pincel d'annunziano, flébil y melancólica como Rebeca la niña pura de la Biblia.

Ella era para él una flor de ensueño.

Y amó aquella visión de pureza, aquel símbolo de castidad y arte, por sobre todas las cosas, por sobre todas las concepciones de sus sueños, por sobre todas las bellezas de su mundo interior.

Una tarde de enero, en la alameda que besaban las olas del mar inquieto, el sueño tomó formas, el ideal tomó vida...

Por el extremo de la avenida avanzaba ella, la maga, la evocada, á la que no había visto sino en sueños; pero á la que sin embargo conocía y amaba.

Y pasó junto á él, del brazo de su marido, lentamente y con la vista fija en un bando de palomas que cruzaba por los aires.

Cuando los ojos del poeta vieron las pupilas sibilinas de su ideal; al notar como su estatua inerte cobraba vida, escuchando la sinfonía de sus telas de seda que crujían al paso, deslumbrado fué, y con

devoción de cristiano recitó mentalmente una plegaria.

Con aquella hostia imposible, comulgó en la soledad de sus noches de amargura Gabriel Alsina.

Y ella fué evocada en sus versos, donde había vivido antes como un presentimiento.

Y esculpida fué en el cerebro del poeta que deliraba por aquella dama soñada desde mucho tiempo hacía.

Y fué la única diosa en su templo de marfil.

Un mes después era presentado á ella en una recepción...

La luz tristona del crepúsculo al penetrar en la estancia, bañaba con la dulzura de sus tintes, como en una caricia luminosa, el pálido rostro de la condesa que, sentada en un diván de terciopelo verde floreado de crisantemos de oro, se entretenía en deshojar entre sus dedos nacarados un lirio que la embriagaba con su efluvio enervador.

Su mirada erraba en el horizonte distante donde se veía sobre un fondo de lapislázuli, un grupo de nubes rosadas como si fuera un archipiélago encantado que brotara del seno de las aguas al conjuro de una Sibila.

Las primeras luces de la bahía comenzaban á titilar en lo alto de los mástiles de las embarcaciones ancladas, y los marineros, viendo la luna que surgía como una herradura de plata por detrás del girón negro de una nube, entonaron una canción dulcísima que llegó arrastrada por la brisa hasta Leonor, que sentía adormecerse su alma en la melancolía de aquel cantar doloroso, que hacía latir con más violencia su pobre corazón despedazado.

La embarcación se alejaba de los muelles y con ella iban extinguiéndose las voces que resonaban, como si en la barca de Caconte, ninfas conducidas al suplicio, entonaran una plegaria de despedida, una canción mística, para entrar en las negras regiones del no ser.

De una iglesia vecina partieron siete vibraciones que fueron contestadas por las demás campanas.

La condesa se levantó del diván y después de cerrar las persianas del balcón por donde penetraba un aire frío, comprimió un botón oculto en la pared, iluminándose en el acto la alcoba.

Había citado á Alsina para las ocho y, viendo aproximarse la hora se sintió invadida de una gran tristeza, como si el golpe que iba á descargar sobre Gabriel repercutiera en su alma sensible.

Las manecillas del reloj se movían con lentitud desesperante.

Leonor se sentó al piano Sus manos ágiles y blancas recorrieron el teclado en toda su extensión. El preludio brotó líquido, sonoro, como el chorro de agua de una fuente, como el preludio de un mirlo, como el dulce *te amo* de la amada.

Su faz pálida se coloreó por el fuego sagrado del sentimiento que caldeaba su espíritu, que sentía con Mendehlson al interpretar de manera magistral su música angustiosa, sus poemas.

Y cuando su melancolía mortal se acrecentaba al influjo de las baladas armoniosas, apareció en la puerta de la sala, vestido de negro y con la faz muy pálida, Gabriel Alsina, que en su palidez cadavérica llevaba escrita la historia de sus males, la relación trágica de su vida.

Leonor abandonó el piano, quedando roto el *intermezzo* de *Cavallería Rusticana*, esa maravilla de la música, donde se vé palpitar el alma de una tragedia, y donde se oyen gritar todas las angustias de los tristes.

Alsina, que aguardaba un recibimiento cordial, exento de fórmulas, se halló indeciso ante la frialdad con que ella lo acogía en esa noche en que él se creía salvado de la muerte, protegido bajo sus besos, adormecido bajo la luz de sus profundas pupilas.

Ella, dominando su emoción, se dejó caer sobre el diván floreado de crisantemos, invitando á Gabriel para que tomara asiento en una mecedora de mimbre.

Ninguno de los dos hallaba como hablar,

El silencio se hacía angustioso para ambos, que sentían en sus cerebros las llamaradas del incendio en que se consumían sus pobres almas.

Leonor rompió aquella pausa prolongada.

Su voz, trémula al comienzo pero fuerte y armoniosa después, vibró en la estancia como un arrullo. Sus reproches á Alsina eran como los de una madre cariñosa al niño rebelde á la disciplina del hogar.

Gabriel la escuchaba sin levantar la vista, apesarado por aquellas palabras que caían sobre su corazón de mártir, profundizando las viejas heridas.

La condesa cesó un instante en su peroración para dar tiempo á Gabriel á que respondiera, para oir de sus labios la promesa de renunciación.

Pero él no contestó. Las lágrimas subían á sus ojos que, á través del flotante velo de ellas, veían á Leonor alejándose de su lado como una estrella ante las luces del alba, como un sol en el ocaso.

—Ya os he dicho con sinceridad manifiesta todo cuanto quería que no ignoráseis. Sólo por librarme de una carga demasiado fuerte para mi pobre espíritu he accedido á concederos esta entrevista por vos solicitada en diversas ocasiones. Decir que os amo sería mentir, sería hacer traición á mis sentimientos. Yo os aprecio; no os amo. Encontraréis en Leonor Ruiz, una fiel amiga, una hermana... no más. Confiadme vuestros dolores, vuestras tristezas como lo hiciérais á un amigo de la infancia; pero renunciad para siempre á lo que pretendéis, dad un adiós á vuestros locos sueños engendrados en horas de delirio.

—Permitid, condesa, que os replique que no es posible os deje de amar; que no concibo la vida

sin vos; que no temo cuando os veo; que no sufro cuando os escucho. Os he abierto el libro de mi vida desde hace tiempo, y aún no he escuchado una confesión de vuestros labios. Me concedéis una cita en la que espero hallar la dicha, la gloria, y encuentro en ella la muerte, la desesperación... Vos debéis sufrir como yo; vos debéis tener grandes dolores sombríos, infinitas nostalgias, anhelos no satisfechos, ideales no realizados. En el brillo de vuestra mirada hay algo que atrae como el canto de las sirenas; en vuestra voz cadenciosa hay algo que embriaga como el perfume de las flores de la Arabia. Yo os soñé, os presentí. Vos imperáis en mi cerebro desde hace tiempo; yo en mis sueños de poeta miré vuestro perfil griego dibujándose en un fragmento de cielo. Yo os amo, condesa; yo estoy á vuestras plantas esperando la redención ó la sentencia. Decidme que me amáis; decidme que habéis soñado conmigo en pasadas noches; decidme una palabra de piedad, una frase consolatriz que solivie mi carga de dolores. Mis años de proscripción, mis negras noches de orfandad, mis días de periodista de combate; todas mis tristezas, todas mis negruras no igualan al martirio que padezco al oir de vuestra boca palabras en las que se me niega la luz, la vida... ¡Ah! y yo que pensé que vos enjugaríais mis lágrimas, que calmaríais mis angustias, que derramaríais sobre mi alma herida el bálsamo sagrado de vuestro consuelo, la mirra de vuestros besos, el perfume de vuestro aliento! No, condesa; yo veo en vos un alma gemela de la mía, un ser martirizado por los mismos suplicios, un espíritu enfermo por iguales padeceres. Unamos nuestras nostalgias, nuestras ansias, nuestras almas, nuestros labios.....

—No os puedo amar. El destino nos ha reunido demasiado tarde. Sigamos nuestra ruta. Vos me olvidaréis y yo no me acordaré de vos dentro de

poco. El tiempo cicatrizará las heridas. Separémonos. ¡Mañana sería imposible!

Y el fino pañuelo se humedeció en las perlas que temblaban en sus pestañas largas y negras.

—El destino es inexorable; él nos ha colocado frente á frente. Su voluntad es de hierro, es más fuerte que la vida y que la muerte. No podemos huir. Necesario es que se cumpla la ley fatal. Vos, seréis mía; yo, seré vuestro..... él lo quiere así..... ¡Amémonos!....

—Mi honor me impele á huir de vos, del destino. No os podría amar, aunque muriera el conde; y no os sabría amar, muerto él. Mientras él viva, le pertenezo; cuando él muera, pertenezco al recuerdo, á ese que no muere. Juré ser fiel á un cadáver, al cadáver de Julio Alba, vuestro compañero de luchas en París! Para salvar á mi padre de la deshonra, acepté las proposiciones del conde. Yo he llorado en mi noche de bodas; yo he entregado mi cuerpo, no mi espíritu, al conde de Uglino. Demasiado lejos he ido en mi confesión. Os he hablado con lealtad, como se habla á un hermano, á un caballero que bajará al sepulcro con el secreto de una dama. Es necesario que sepáis todo cuanto á mi vida atañe para que desistáis de vuestros proyectos. No os puedo amar. Dos fuerzas se oponen: el honor de un hombre, de un lado; el juramento hecho á un muerto, del otro.

Gabriel se puso de pie, tembloroso; se inclinó ligeramente hacia adelante; oprimió entre las suyas la diestra fría de la condesa, mientras visiblemente emociado le decía:

—Vos me amáis, aunque vuestras palabras digan lo contrario Vuestros labios quieren fingir una sonrisa, sin advertir que los ojos están preñados de lágrimas. Somos dos heridos por igual venablo; dos almas solitarias que caminan por el mundo lleno de abrojos. Tened la seguridad, Leonor, de que nadie

conocerá lo que me habéis confiado en esta noche. Vuestro honor, es el mío.

—Confío en vuestra lealtad,—exclamó ella, mientras Alsina, con un leve movimiento de cabeza, se despedía...

....

....

Cuando la condesa quedó sola, salió al balcón.

Por la avenida, llena de paseantes, corría el coche de Gabriel.

Y ella sintió una tristeza inconsolable, una amargura horrible que la hizo romper á llorar, en tanto se perdía en las sombras impenetrables de la noche, el vehículo donde, reclinado en sus almohadones, lloraba el soñador no satisfecho.

Como de sólito, Leonor dirigió una mirada al retrato de Julio Alba, que llevaba en un relicario, y creyó vislumbrar en el rictus de su boca la misma expresión de tristeza, el mismo sello que marcaba la comisura de los labios de Alsina.

Y quiso encontrar también cierto parecido entre la frente del amado muerto y la del poeta inconsolable.

Y soñó con ambos en esa noche de dolores acerbos.

EL recuerdo de la condesa ocupó por entero el pensamiento de Gabriel Alsina, quien en sus días de tormentas, en los instantes rojos de la indignación política, la veía pasar sobre las cuartillas en que su pluma trazaba apóstrofes bravíos.

En la desolación suprema de su alma, en la noche de su triste vida, se preguntaba si ella sería insensible á sus súplicas y lágrimas.

Para disipar la neurosis se enfrascaba en la lectura de sus autores favoritos y devoraba las páginas de los libros amados, en los cuales encontraba uno como eco á sus padecimientos, uno como espejismo de su historia.

Gozaba en martirizarse, en abrir los bordes de la herida no cicatrizada, en abismarse en el mar de sus sueños irrealizados, en evocar el espíritu de la condesa.

En ocasiones eran tan vivas las representaciones, que creía verla, sentada junto á él que leía, apoyando su negra cabecita sobre sus hombros.

Y cerraba los ojos para gozar de la visión sagrada que pasaba ante él, misteriosamente triste, con fulgores extraños en las pupilas húmedas en llanto.

Entonces, poseyendo su imagen adorada, se sentía revivir y, bajo aqnella impresión grata, escribía durante largas horas poemas sentidos que eran como una oblación, como un ex-voto de amor, colocado en el plinto de la diosa.

Leía en alta voz los versos acabados de escribir, para gozar oyendo cómo la melodía de las rimas correspondía perfectamente á las canciones que cantaba su alma, cómo la palabra traducía fielmente el lenguaje de su espíritu.

Leonor, á su vez, sufría. Algo extraño que no podía explicarse la angustiaba hasta producirle dolores físicos.

En sus visiones miraba á Gabriel devorando su dolor sin nombre en su alcoba de soltero.

Y sentía deseos de correr á él para consolarlo.

Sentía deseos de calmar los sufrimientos del poeta atormentado; para que unidos los dos en el dolor sangriento, hubieran podido caminar por la tierra hostil que laceraba sus plantas de eternos peregrinos, de judíos errantes que no llegarían jamás á la cumbre del ideal.

Ella no sabía si aquel sentimiento que le inspiraba Alsina era hijo del amor ó de la piedad.

Antes de conocerlo personalmente, lo admiraba por su prosa sonora, por sus versos sentimentales de enamorado nostálgico y sombrío.

Y halló en aquel espíritu ideal, en aquel ser superior, un hermano de sueños, un compañero de éxodo.

Cuando conoció por sus propias revelaciones sus tristezas, cuando escuchó de sus labios descoloridos la confesión de sus dolores, el secreto de sus males, sintió por él un afecto puro de madre cariñosa. Más tarde, al declararle él su pasión violenta, sintió espanto por aquel amor imposible.

Huyó de él, y cuando lo encontraba en las reuniones del gran mundo, evitaba su presencia por temor á que sus palabras armoniosas como el canto de un pífano, la sugestionaran, obligándola á acceder á sus pretensiones.

Y quiso borrarlo de su mente, extinguirlo como una llama...

Pero no pudo. Su silueta quijotesca como la del bien amado muerto, aparecía ante ella, ora en las soledades de su estancia, ora en el templo al que acudía periódicamente en busca de un consuelo que no hallaba.

Languidecía lentamente, azotada por el vendabal.

Se arrodillaba delante del retrato de Julio Alba y el recuerdo de Gabriel Alsina se interponía entre ella y el pintor.

Desesperada, loca, sacudía entonces su negra cabeza para desechar el pensamiento que la atormentaba y sentía como una fuerza avasalladora que la impulsaba en brazos del poeta.

Si lo hubiera visto llegar como un conquistador, con un brillo de lujuria insatisfecha en las pupilas, hubiera podido escapar de sus garras; pero no lo veía así, sino que, por el contrario, lo miraba con lástima, con ternura, por la dulzura de sus miradas, por lo respetuoso de sus ademanes, por la tristeza de sus frases cuando le pedía un sitio en su corazón para poder vivir.

Y, poco á poco, aquel sentimiento se transformó en amor, sin que ella pudiera darse cuenta, sin que hubiera podido apreciar la diferencia que existe entre la piedad y la pasión.

Mucho tiempo estuvo Alsina sin visitar á la condesa, á consecuencia de haber permanecido en cama durante algunas semanas atacado de una fiebre tifoidea.

Todas las mañanas, un criado de Leonor, se informaba del estado del paciente, que hallaba un gran consuelo al ver que no estaba completamente solo, que alguien se acordaba de él en los días de convalecencia lenta y fastidiosa.

Imposibilitado para toda tarea intelectual, pasaba una vida aburrida, aburrimiento que sólo se disipaba cuando recibía á Raúl Díaz, su compañero de periodismo, ó los recuerdos afectuosos de la conde-

sa que, de vez en cuando, se enteraba de su estado por medio de perfumadas esquelas.

En la primer salida que hizo, compró un precioso bouquet de crisantemos, anémonas y lirios, que remitió á la condesa, junto con unas líneas, escritas en una tarjeta, donde se mostraba altamente agradecido por sus solícitos y finos cuidados.

Sobre aquellas flores capitosas depositó mil besos el poeta, pensando que los labios de la amada se posarían allí.

La condesa recibió el ramillete con visible emoción.

Era aquel el primer presente que recibía de manos de Alsina. Lo colocó en un búcaro, gozando en la contemplación del regalo delicado, donde los lirios de una blancura eucarística, los crisantemos violáceos y rojos y las anémonas perfumadas, parecían expresar en la diversidad de sus colores y en la variabilidad de sus efluvios, un poema de amor, una canción de esperanzas.

Y tomando el búcaro entre sus manos pálidas, hundió su rostro angelical en las flores humedecidas por el rocío de la mañana.

Y gozó de un deleite hasta entonces desconocido, de una sensación de suprema voluptuosidad, al sentir sobre la faz irritada por el insomnio la frescura del agua.

Leyó de nuevo la tarjeta de Alsina.

Se sentó delante de su pupitre de laca negra y, mojando la pluma en tinta color violeta, escribió algunas palabras sobre un pliego de papel donde se veía su escudo nobiliario.

Lacró el sobre luego de cerrarlo, ordenando á un criado lo llevara á Gabriel.

Y como acostumbraba ordinariamente, se dirigió en su coche á la necrópolis, donde se encontraba enterrado el pintor.

Una vez delante de su sepulcro se arrodilló pia-

dosamente, y después de haber rezado sus oraciones, depositó sobre la lápida de blanco mármol, el ramillete que le enviara Alsina.

Al penetrar en su alcoba, vió sobre la mesa un lirio que se había desprendido del *bouquet*. Aspiró su perfume con fruicción por largo rato, colocándolo después entre las hojas de su breviario.

Se sentó al piano, por mucho tiempo abandonado, y ejecutó algunas de las composiciones de sus autores predilectos: Bach, Ludovico Beethoven, Litz, Wagner, Mendehlsson...

Y mientras en el teclado sonoro corrían sus manos desnudas arrancando cadencias y preludios, su mente se remontaba á la dulce niñez, á los días plácidos, ya ídos para siempre.

Y la figura noble y austera de su padre muerto á los pocos meses de su boda, acudía á su memoria.

Y se consolaba de sus negruras al recordar el sacrificio que había buscado por salvarlo de la deshonra.

Y creía sentir sobre su boca el beso más dulce: el beso de su anciano padre, que debía bendecirla desde el cielo.

UN sacudimiento nervioso conmovió á Gabriel Alsina al concluir la lectura de la carta de la condesa.

En aquellas cortas líneas se hallaba concentrado todo el sufrimiento de su alma, que no podía gritar como anhelaba, que no podía llorar como quería.

Era una esquela de estilo galante, impregnada de una dulce tristeza que producía una sonnolencia profunda, enervante.

Debía estar escrita con lágrimas en vez de tinta. Alsina la leyó nuevamente, queriendo leer lo que no decía, como el hijo que se resiste á creer la noticia de la madre muerta.

Mas la realidad, en su desnudez absoluta, no dejaba lugar á dudas.

La carta decía:

"Por largo tiempo he permanecido bajo una impresión dolorosa. Vuestra enfermedad ha sido la causa primordial de la pasión de ánimo que me ha hecho pensar en la muerte...!

"¡Pobre amigo mío! Os creíais solo, y no era así. Mi espíritu ha estado con vos en las horas de delirio en que pasaba por vuestra mente visionaria la silueta de no sé qué dama idealmente amada, y á la que debéis renunciar para siempre.

"Una amiga me ha hablado acerca de vuestros amores. ·Yo sufro por vos, amigo mío! Yo quisiera poder amaros como vos me amáis; pero es imposible. Ya os he dicho las razones que se oponen.

"No os veo hace ya bastante tiempo, y necesito hablaros. No concibáis esperanzas. Os llama la amiga cariñosa, la hermana que quiere disipar vuestra tristeza, engolfando vuestro espíritu en un mar de arte.

"He recibido de Europa parte de mi biblioteca, entre cuyos libros viene mi cuaderno de bocetos copiados por mí del original, á grandes rasgos, en los museos del Prado, de Milán y del British Museum.

"Traed alguno de vuestros versos últimamente escritos.

"Os aguardo el próximo domingo, de dos á tres de la tarde. Pasaremos un día agradable. Tomaréis el té de las cinco, en unión mía, si os place.

"Os aprecia y admira sinceramente,

"Vuestra amiga,

LEONOR RUIZ."

P. S.—Se me olvidaba referirme á vuestro fino presente, que he colocado en el sepulcro de Julio Alba esta mañana.

"Os doy las gracias en su nombre.

VALE."

Un estremecimiento doloroso recorrió la médula espinal del poeta, que sentía como si los ganglios fueran á estallar.

Por su vista pasaba una procesión de largas sombras: las sombras misteriosas que en su noche última contemplara el trágico poeta colombiano, el atormentado Silva, el Poe latino.

Aquella carta era á la vez una concesión y una negación, un consuelo y un martirio, un alba y un crepúsculo...

¡Ah! ella debía amarlo, ella debía haber pensado mucho en él durante su enfermedad!

Y leyendo los primeros párrafos de la epístola, sentía descender sobre sí un consuelo.

Pero al llegar al final, donde ella le hablaba de la imposibilidad de aquel amor, donde lo conjuraba para que la dejara en paz completa, donde le ofrecía su afecto fraternal, entonces se angustiaba de nuevo, se ensoberbecía contra el destino, y se contorsionaba en horrible espasmo, cayendo al fin, después que el dolor lo aniquilaba, en un estado de lamentable postración.

¿Para qué ir á ver á la condesa, si era inasequible? El no pedía afecto, sino amor, pasión desbordante que tuviera el valor de afrontarlo todo.

Y una nueva esperanza surgía á iluminar su alma obscurecida. El no quería creer la realidad, se rebelaba á la inexorabilidad del destino.

La condesa, al firmar, no lo había hecho como de sólito sino que había suscripto con su nombre de pila.

Y Alsina vió en ese detalle, que hubiera pasado inadvertido para otro, una prueba de amistad íntima que le daba ella, lo cual le infundía ánimo para esperar.

¡Pobre enamorado!

Desde el funesto día en que la llama de la pasión inextinguible lo había envuelto en su caricia abrasante; desde la hora imborrable en que habían contemplado sus ojos sombríos la silueta delicada de la amada, vivía fuera de la realidad, vagando por los países del ensueño, donde batía sus alas de pájaro sagrado, al que habían herido los dardos de la vida al remontar el vuelo magestuoso hacia las cumbres del ideal lejano.

Y como si la pira al quemar su alma hubiera esterilizado la entraña fecunda, así había él enmudecido, cual si su cerebro de alucinado se hubiera consumido en la roja fragua del dolor.

Los sacudimientos bruscos que lo habían estremecido, parecían haber paralizado el funcionalismo de su intelectualidad que, adormecida por la cruenta lucha, simulaba haber muerto.

Intentó escribir un soneto; pero no hallando sonidos para la expresión de la idea, no encontrando la palabra dócil á sus caprichos, trazó nerviosamente con la indómita pluma sobre el papel, la frase que todos los vencidos han grabado en sus escudos: *Nulla est redentio...*

La vida era para él un paisaje sin perspectiva, cuadro de sepia, donde las ramazones de los árboles agostados elevaban sus brazos negros y desnudos como esqueletos sombríos y amenazantes.

Su estado psíquico tenía origen en su estado fisiológico.

La excesiva sensibilidad de la célula, no permitía que las representaciones se fijaran por largo tiempo, sino que apenas impresas desaparecían para dar lugar á otras que á su vez se borraban á los pocos instantes.

Aquella insensibilidad era producida por la hiperestesia. Un dolor demasiado fuerte acaba por adormecer momentáneamente el órgano que sufre. El paroxismo es una anestesia. Cuando su efecto desaparece, cuando el dolor es menos intenso, se sufre más. La conciencia nos permite entonces experimentar y apreciar su intensidad.

ALSINA, sentado á su mesa de trabajo, se hallaba absorto en la lectura de unas cuartillas amarillentas. Eran sus impresiones de años anteriores, especie de diario de su vida, escrito en días pasados.

Aquellas impresiones antiguas, cadáveres de ensueños por él exhumados en esa tarde, le infundieron valor para la lucha, fe para esperar el triunfo. Eran confesiones ingénuas, llenas de fuerza, confiadas al papel en horas de felicidad, cuando el pesimismo no había aún tocado con la punta de sus fatídicas alas su frente pálida que sólo asilaba ilusiones placenteras.

El diario íntimo de su existencia durante su permanencia en un balneario, respiraba salud, como si la luz clara de la naturaleza y el perfume del salitre y yodo de las olas lo hubieran iluminado con sus resplandores é impregnado con sus saludables efluvios.

Según avanzaba en la lectura, sentía crecer su fe, como en los remotos días de ventura.

Y se regocijaba interiormente de haber encontrado las antiguas y dulces memorias que lo hacían soñar con la felicidad.

Pensaba en Leonor como en un ideal realizable, como en una esperanza que se cumpliría en breve. La soñaba rendida, dócil á sus deseos, embriagada por su voz rumorosa como un cántico y subyugada

por el influjo magnético de sus pupilas en las que palpitaba la luz cegadora de una pasión inextinguida.

El espíritu del poeta surgía como un fénix de las cenizas aún calientes de su antigua historia y se remontaba, no como el ave sagrada de Vinci, sangrando el ala herida, sino que desde la altura, bañado en la luz dorada y caliente del sol, lanzaba su grito de combate como el himno augural de una victoria.

Conocedor del alma de la condesa, escribió para ella, para dominarla, para envolverla en la caricia del ritmo y del abrazo, algunos versos exqnisitos, verdaderos prodigios de belleza, versos que cantaban la canción inmortal de los amores, y que parecían el eco no extinguido de las grandes pasiones que agitaron en sus días y en sus noches á Desdémona y Otelo, á Fausto y Margarita, á Graciella y Rafael.

Jamás había escrito con mayor facilidad; nunca de su cerebro habían brotado las imágenes, como una lluvia de preciosas piedras, en mayor abundancia.

¡Cuánta razón tenía Raúl Díaz, cuando respondiendo á sus lamentaciones por no poder expresar sus sentimientos, le aseguraba que aquel estado depresivo era temporal y que obedecía á leyes inmutables! Era el histerismo que acompaña el período de la gestación intelectual.

El alumbramiento que se figuraba sería doloroso, se efectuaba, por el contrario, bajo las mejores condiciones.

Su cerebro daba á luz, sin que bruscos sacudimientos lo conmovieran.

La pluma corría sobre las blancas carillas de papel produciendo un sonido metálico, mientras dejaba una estela negra en su marcha vertiginosa.

Todo lo veía distinto á través del prisma rosado del optimismo; los mismos caracteres por él traza-

dos, que en ocasiones diversas se le antojaban fantasmas horribles que danzaran locamente, ahora aparecían elegantes, como trovadores de tiempos heróicos que en romería lírica avanzaran en la calma de la media noche, hasta los castillos encantados donde dormían las reinas adorables, las princesas de ensueños.

Su imaginación infatigable volaba rápida como una libélula que con sus antenas despojara de la miel de sus cálices á olorosas flores.

Varias ocasiones intentó concluir el poema; pero nuevas ideas que á él acudían lo imposibilitaban para rematar por entonces el gótico santuario, que se alzaba en su mente, deslumbrante en los brillos de las gemas, los zafiros y los ópalos de fuego velado, con los que sus manos de artífice del Renacimiento habían adornado el frontispicio de su templo, erigido por su piedad y por su amor en ofrenda á la belleza de su diosa.

Y aquel poema omnícromo y polífono, realizaba el ideal, por él largamente soñado, de aunar en un arte todas las manifestaciones de lo bello, todas las formas de que la imaginación se vale para representar sus intensas emociones.

Había en su obra manchones de sombras y claros deslumbrantes de luz meridiana; tintes anaranjados de tardes crepusculares; voces melodiosas de órganos sagrados; notas metálicas de trompas de apocalipsis; preludios de dulces serenatas; blancuras de marmóreas estatuas; palpitaciones de carnes sonrosadas en lechos nupciales; gritos de bestia y súplicas de ángel!......

Era su poema el lenguaje de un alma grande, de un *esprit fort* enamorado de la naturaleza. Era el himno de un viejo pánida oculto en las frondas.

Y había invertido largo tiempo en el final; la parte más difícil sin duda de toda obra literaria.

Conocía perfectamente que una debilidad en las

últimas estrofas, un descuído cualquiera hubiera borrado las impresiones dominantes en la composición.

De pronto cesó de escribir. El poema se había salvado; los versos con que finalizaba, eran superiores á los del comienzo...

Leyó "El Poema del Ensueño" repetidas ocasiones, tratando de corregir ciertos defectos inapercibidos para un sér menos refinado.

Y como lima ún artífice el anaglifo de oro, así pulía él, con el ágata de su pluma, las estrofas.

Aquellos sonetos, primorosamente tallados en nácar transparente, despedían olores de selvas en floración y evocaban preludios de pájaros canoros.

Cada vez que encontraba un obstáculo, no visto en la fiebre de la inspiración y que ahora, en los momentos de calma resaltaba como una piedra sin luces, lo desgastaba, le daba nuevas formas, más bellos contornos, ó sustituía el rubí pálido y tosco por una esmeralda extraída del mágico joyero de su fantasía oriental.

No era un canto alegre, un himno de placer.

Era una concepción melancólica. Pero no flotaba en ella la tristeza de los débiles, de los enfermos; sino la alta tristeza de los fuertes, la tristeza sagrada de los grandes cerebrales.

Era el sollozo de un rebelde en derrota, de un perseguido por el destino.

Vivía en aquellos versos sonoros el fatalismo que se adornaba de constelaciones de diamantes para cantar sus dolores.

Alsina, leyendo su trabajo de tres horas, se sentía feliz.

La silueta de la amada coronada de flores cual Ofelia, pasaba como una walkiria wagneriana en el ritmo dulce de los tercetos.

Ella le exigía en sú epístola versos y él le llevaría

el último que había escrito bajo la impresión de las frases acariciadoras de su carta.

Y anhelaba que llegase el día en que la condesa lo había citado para enseñarle su biblioteca llegada de Europa.

Y en su imaginación la soñaba rendida, vencida bajo el influjo de sus rimas; embriagada por el hálito de amor que vivía en aquel poema, que era como una oblación á su belleza, algo como una ofrenda á la mágica beldad...

Los polícromos chorros de la luz del medio día inundaban con sus fulgores la alcoba regia de la condesa, que gozaba contemplando la diversidad de colores que lucían los objetos de su estancia al ser heridos por la claridad que traspasaba los vidrios historiados de las vidrieras largas del balcón.

Una Venus de Milo de reducidas proporciones que descansaba sobre una columna de basalto, al ser bañada en la luz de un fragmento de cristal rosado, fingía vivir bajo el beso luminoso que le infundía color de sangre hirviente.

La luz que atravesaba otro cristal morado, pintaba de lila una figurilla de Sevres, que simbolizaba la Dama Blanca de Werther, delgada y esbelta como un lirio, la que parecía, inundada en aquella luz rara, la concepción fantástica de un pintor prerafaelita que hubiera seguido muy de cerca á Puvis de Chavannes ó á Dante Gabriel Roseti.

Cada estatua, cada vaso de cristal metalizado, cada tapiz, cada objeto artístico y caprichoso brillaba de otro color, como con un alma distinta que le hubiera trocado por la primitiva, el fragmento de cristal á través del cual pasaba la claridad.

La condesa colocó sus manos aristocráticas sobre el tapete de la mesa de centro, donde un rayo de luz amarilla iluminaba en su tinte de aguas cobrizas un *bouquet* de rosas.

Y su alma, sensualmente exquisita y refinada

gozó en aquel exotismo, en aquellos caprichos de la luz, que daba á sus manos un matiz macabro que las hacía semejarse á las de un cadáver.

Y se distraía como una niña, pasando rápidamente de un lado á otro de la mesa su diestra, para contemplarla, ora roja, ora amarillenta, ora azul como un lirio japonés ó ya naturalmente pálida.

Parecía el hada de un cuento fantástico que en su palacio encantado diseminara los rayos de todos los astros para sentirse bañada en sus luces melancólicas y sombrías.

Era aquella habitación como la de la Blanca de Nieve de la leyenda en la montaña de los gnomos, ó la soñada por un poeta del Oriente, por un asiático de oblícuos ojos enamorado de una músmé enigmática, de una emperatriz de Kioto.

Cansadas sus pupilas en la contemplación de las luces multicolores, abrió las persianas de par en par. El encantamiento desapareció en el acto; la Venus manca tornó á su blancura sagrada de hostia y la Dama Blanca, flébil como un lirio, apareció rósea en el matiz del jaspe en el que estaba labrada.

La condesa aguardaba impaciente á Gabriel Alsina.

Antes de la hora fijada, sintió que un coche se detenía junto á la puerta de la calle.

Momentos después un criado le anunciaba á Leonor la llegada de Alsina.

Ya una vez sentados en la sala comenzaron á conversar de cosas indiferentes para ambos, que no hallaban cómo encauzar la plática.

Un incidente: la caída de una gran rosa del *bouquet* al suelo, hizo que ambos se inclinaran para recogerla y que sus rostros, al acercarse, sintieran una como llama que los envolvía, que aumentó en intensidad al chocar sus rodillas fuertemente.

El rubor coloreó las mejillas de ambos.

El quiso balbucear una disculpa; pero no pudo. La rosa que sostenía en su diestra se deshojó, cayendo sus pétalos sobre la falda de la condesa, quien, para salir de aquella situación embarazosa, le dijo con voz melíflua, casi suplicante:

—Hablemos de vos, amigo mío. Contadme de vuestra enfermedad.

—No, condesa—repuso Alsina—; sería entristeceros con mi relato. Decidme vuestras impresiones, para escuchar vuestra palabra melodiosa y tierna. La nostalgia de oiros me ha hecho sufrir amargamente durante los largos días que he permanecido enfermo. Muchas veces, merced á la sugestión, he escuchado vuestro timbre de voz y he sentido pasar sobre mi pobre espíritu en tinieblas un rayo de luz. ¡Ah! Condesa, cuán triste es amar sin esperanza, querer á un sér que no corresponde á nuestro amor; á un sér que no llora si lloramos. Vos me decís "amigo mío" y no "amado mío". Por escuchar esta frase de vuestros labios diera mi vida que agoniza de tristeza. ¿Por qué no unirnos en este crepúsculo de nuestras pobres almas? ¿Por qué no amarnos mucho, aún que es tiempo? No quería hablaros de mi pasión, no hubiera querido mortificaros con lamentos y súplicas; pero una fuerza oculta, desconocida, impetuosa, me impele á confesaros una vez más los sentimientos de mi alma. Pálida flor de sacrificio ¡yo te amo! Yo anhelo respirar tu suave esencia, sentir cómo palpita tu corazón sobre mi pecho jadeante; beber las lágrimas que en tus pestañas tiemblan como diamantes, doblegarme á tus designios, como un esclavo. ¡Yo te amo, mi bien! ¡Oh augusta emperatriz de mi alma enferma! ¡Oh lucero radioso que brillas en mi noche como un sol! Amame cual te amo, mi pálida ilusión; calma la angustia cruel de mis dolores colocando sobre cada herida que ha abierto tu indiferencia el bálsamo de

de tus besos, que yo he sentido en sueños, sobre mis labios, sobre mi frente!...

La condesa, replegada sobre sí como una tigre en acecho, fijaba sus pupilas obsidiánicas en el amado, y sentía en esa hora un dolor acerbo, que la sumía en un estado de semi-inconsciencia.

Todas sus angustias parecían haber acudido á la boca, en la que se dibujaba una mueca de espanto.

El amado seguía hablándole, sin desmayar, incansable.

Y sonaban sus palabras en la estancia como una canción apasionada, con la melodía aquella de su prosa musical.

Ella se sentía vencida, subyugada, sin valor para contradecir, sin fuerzas para entregarse. El temblor que estremecía sus carnes, el brillo de sus ojos de demente, su actitud de sortílega en evocación de un espíritu fatídico, la lividez de su faz, la contracción de ambas manos colocadas en las rodillas, hacía que el amado, vislumbrando la victoria, prosiguiera su plática que tenía el poder de sugestionarla.

Y se veía dominada por aquel taumaturgo, por aquel mago, pálido como un rabí, que clavaba sus ojos fríos de chacal sobre sus brazos desnudos é incitantes.

Súbitamente brilló para la vencida una idea salvadora.

Temblorosa, jadeante como si hubiera agotado sus fuerzas en un espasmo prolongado, cruzó la sala como una visión. De un estante de palisandro tomó una libreta lujosamente encuadernada, y sentándose de nuevo junto al amado que seguía sus movimientos con mirada atónita, comenzó á hojear el cuaderno, mientras le decía tiernamente:

—Son mis bocetos; las copias que he tomado en los grandes museos europeos. ¡Mirad!

Y calmada, segura casi de haber triunfado una vez más, enseñaba al poeta los esquemáticos dibujos donde parecían palpitar fragmentos de su espíritu.

Eran aquellas copias tomadas de los lienzos inmortales de los grandes maestros del colorido, de los psicólogos sutiles, que con sus pinceles han examinado las almas complejas que vivirán vida eterna en sus telas.

Ante la vista de Alsina pasaron como en ronda artística las magnas creaciones. Las vírgenes de Leonardo y de Miguel Angel, melancólicamente bellas; las marinas de Wertheimer y de Smith; las damas desnudas y triunfales de Gruel en la blancura de sus carnes, en la redondez harmónica de sus curvas; las mujeres árabes de Gerome, nostálgicas de libertad y de luz, con sus labios sensuales y sus senos eréctiles como flores de almendros en botón; las concepciones poemáticas del más poeta de los pintores modernos: Dietlitz; las ninfas cazadoras de Stewast; las escenas mitológicas de Royer, donde Telémaco, en la isla de Calipso, deslumbra con el reflejo dorado de su cabellera flotante; las figuras de ensueño de Bourguerau que traspasan los aires para adormecerse en lo infinito, embriagadas de amor, á la caída de la tarde, cuando la tierra parece sumida en su letargo; las Evas blondas de Oscar Begas, que pasan bajo las frondas florecidas con toda la dulzura del cielo en sus pupilas vagas de impúberas doncellas...................................

....

....

La condesa, con su palabra fácil, infundía calor á los croquis innumerables. Cuando llegó á la última página del infolio, se detuvo como cansada, y después de respirar, le dijo á Gabriel que permanecía como hebetado:

— De todas mis copias, es á la que más quiero; para evitar que miradas profanas se posaran en ella, la he colocado al final. La tristeza que esparce en su derredor hace que yo la ame con lástima. A veces se me figura que sufre y entonces, recordando el asunto que la inspiró al genial artista, miro pasar, aureolado por la gloria, al melancólico Astí, que expresó en el lienzo lo que dijo Zimmerman con la pluma. "La Soledad" es la más amada de mis diosas. ¡Qué bella es!

Colocando el boceto de manera que la luz favorable lo bañara, contemplólo por largo tiempo con gesto de beatitud.

Gabriel Alsina sentía que de nuevo vivía en él, el hombre sensual. Aquellas carnes delicadas de "La Soledad", se le antojaron que debían de ser una copia de las de la condesa, á la que dijo tomándole una mano:

—¿Cómo no amarla, si sois vos trasladada á la tela? Fijáos en sus ojos que parecen perseguir una quimera que se aleja; contemplad sus brazos, su espalda, su cabeza primorosa, sus senos, sus hombros, su garganta ebúrnea... Así debéis ser vos. Astí os presintió como yo os presentí al escribir mi primera novela. Yo amo en ese boceto maravilloso vuestra efigie; amo en ese cuadro la reproducción de vuestra belleza melancólica como los crepúsculos en invierno.

Como ella hubiera cerrado el libro, le suplicó lo abriera nuevamente para extasiarse en la contemplación del bellísimo boceto.

Y proseguía hablándole de amor, derramando ante ella la relumbrante pedrería de sus frases.

Al fin, exhausta, sin fuerzas para proseguir la lucha, la condesa le dijo:

—Gabriel, vos no podéis amarme. En mi corazón siempre habrá latidos cuando lo evoque. Tendréis que compartir vuestros derechos con él. Todos

mis esfuerzos han sido estériles por haceros desistir de vuestros proyectos; no habéis querido oirme. Yo os amo, sí; os amo, porque me lo recordáis á él; porque parecéis su reencarnación; porque sois como un enviado suyo que viene á consolarme. ¿Aceptáis en estas condiciones mi amor? ¿Me querréis aunque escuchen vuestros oídos que lo llamo en mis sueños? ¿No sentiréis celos por el artista muerto? ¿No maldeciréis su nombre cuando acuda á mis labios piadosos? ¡Oh, mi pobre amigo, de hoy más sentiré el nuevo deleíte de amar; de este día en adelante lo besaré cuando os bese. Mi pasión no tendrá límites; lo arrostraré todo, absolutamente todo: la vida, la honra, la muerte... os amaré ciegamente, locamente, febrilmente... Y me creíais indiferente, insensible... ¡Ah! Y mi corazón latía por vos, por él, por ambos á la vez! Yo calmaré vuestros pesares; os mostraré la luz auroral del triunfo! Seremos dos desgracias sobre el revuelto mar de las pasiones humanas, dos estrellas perdidas en las sombras, dos almas fugitivas... ¡Soy tuya! ¿Y me amarás tú como él me amaba? Sí. Tus ojos, son sus ojos; tu voz, es el eco de la suya que me llama desde lejos... Bésame, para sentir sus besos; háblame, para oirlo; ámame, para adorarlo, ¡oh mi amado!... Pero ¿por qué tardas? ¿Por qué no me envuelves en tu llama para consumirme como una flor de sacrificio? ¿Por qué no me arrulla la sinfonía de tus palabras? ¿No me amas? ¡Dilo!

Y los ojos de aquella heroína, de aquella dama pálida se cubrieron de lágrimas, en tanto su razón, perdida en la contemplación de un miraje desvanecido, ensayaba en vano remontar el vuelo hacia las altas cimas inaccesibles.

Y el amado, mirando en lontananza, en el jardín de sus ensueños, nacer los blancos lirios de su amor, comenzó á recitarle su poema.

Y embriagados los dos, buscaron sus ojos en las sombras de la alcoba y unieron sus labios y sus cuerpos, en tanto por sus almas pasaba el amor cantando sus canciones y regando rosas y lirios sobre sus cabezas soñadoras, en las que tomaba formas un mismo pensamiento...

Y mientras ella, llena de gozo, lo besaba en la frente, él recitaba los últimos cantos del poema, que vibraba en la alcoba regia, como si blancos querubines lo cantaran con voces misteriosas.

Y le decía los versos, mientras el sol en el tramonto derramaba sus últimos reflejos sobre los vidrios historiados del balcón, donde los lirios exhalaban sus suaves efluvios.

Y vibraban los versos lentamente, dulcemente, con el ritmo de un pastoral, con la suavidad de una súplica:

......Es hora ya de amarnos, ¡vida mía!
Es hora de que unamos nuestros besos,
Y forjemos dulcísimos excesos
Disipando la negra nostalgía.
¿No escuchas, no, la vaga melodía?
¿No escuchas los alegres *intermezzos*?
......Arrópame en el ala de tus besos
Que está mi alma atormeutada y fría.
Deja que con mis labios incendiados,
Bese tus bucles luengos, perfumados,
Y tu pálida frente alabastrina:
Para verme en el fondo de tus ojos,
Mientras se tiñe de matices rojos
Tu faz angelical, bella y divina.

———

Rehusas á mi súplica y sollozas
Doblegando tu helénica cabeza,
Vencida por el duelo y la tristeza
Al escuchar mis ansias amorosas.
Si es áspero el camino, yo con rosas
Lo alfombraré, mi bien, y tu belleza
—Símbolo de la mística pureza—
Entrará en las regiones de las Diosas.
Desfloraré á tus piés los azahares,
Y el bíblico "*Cantar de los Cantares*"
Saludará tu espléndida hermosura,
Te aclamarán rendidos los guerreros,
Y caerán en tu frente los luceros
En aureola misteriosa y pura.

———

Te besaré en los labios y en la frente
Con el beso ideal que tú has soñado,
Poniendo sobre el seno delicado
Todo el perfume que mi alma siente.
Mataré mi pasión loca y ardiente
Para besar tu cuello nacarado
—Sagrario de idealismos— perfumado
Con el hálito sacro del nephente.
De rodillas estoy como Abelardo
El triste monje del acento tardo,
Esperando que el trino de tu risa
Me diga en sus pentágramas de amores:
—Levántate, no sufras, y no llores
Yo soy el alma blanca de Eloisa.

———

¡Oh mi amada! soñando que habías muerto, creyéndote dormida para siempre, me pareció escuchar el coro de unas ninfas que cantaban plegarias por el reposo de tu alma.

Y mi espíritu miraba con angustia cómo las bellas habitantes de las selvas, perdíanse en las frondas, mientras decían:

Iba de blanco como una Ofelia,
Como una Ofelia toda de blanco,
Era una virgen digna de Grecia,
Digna del culto de los Paganos.
Eran sus labios cual dos claveles,
Eran sus ojos cual dos abismos;
¡Siempre fué triste como la muerte!
¡Siempre fué dulce como los trinos!
Sobre su cuerpo ¡ay! dejaremos
Todos los lirios que hay en las frondas,
Todos los ritmos que hay en las liras,
Todas las mieles que hay en las rosas......

Pero no; tú no habías muerto, vida mía; tú vivías; tus ojos no estaban empañados por el beso glacial de la pálida muerte.

Y de nuevo mi alma escuchó el canto de los efebos y de las ninfas, qne preludiaban un bello epitalamio. Y aún me parece oir como cantan:

Cruzan los aires las golondrinas y las alondras,
Se hinchan las velas de los esquifes que nos esperan.
Corramos todos hacia la orilla donde las góndolas
Al golpe suave de las oleadas se balaneean.
Epitalamios y madrigales recitaremos
Por los amantes que forjan sueños en las alcobas;
Y hacia la Isla Maravillosa navegaremos,
Mientras la Noche tiende su péplum de negras sombras.

LOS amantes recordaban, sentados en los bancos del jardín que dominaba el mar, las pasadas angustias, las nostalgias imprecisas de otros días.

Ella lo amaba ciegamente, con pasión de fanática, con la misma que había amado á Julio Alba.

Pasaban largas horas bajo las sombras de los árboles, alejados del mundo, encastillados en la torre ideal de sus ensueños.

Y leían los versos de sus poetas predilectos, ó las novelas-poemas de D'Annunzio, el mago latino, el artífice incomparable, el colorista impecable.

La amada sentía que algo de ella vivía en aquellas páginas del artista italiano, por las que pasaban melancólicas y enamoradas hasta el delirio Elena Mutti, la Foscarina, María Ferrés, Anatolia, Violante y Maximilia.

En el tipo de María Ferrés, la esposa del ministro guatemalteco en Roma, era donde resaltaba ella con sus pasiones, con sus ansias. Y sufría los dolores por que atraviesa la pobre mártir y lloraba en silencio, para no interrumpir la lectura del amado, cuando leía la escena tristísima en que la madre amorosa enjuga con sus labios las lágrimas que corren por las mejillas de la hija, que en sueños vé esfumarse ya el fatalismo que ha de devorarla.

Con la vista fija en los ojos del amado, escuchaba la lectura que era como la historia de su vida.

A veces, en los pasajes dolorosos de la novela,

enterraba nerviosamente las uñas en sus carnes, para atenuar con el dolor físico, el duelo mortal que sobre ella derramaba la relación angustiosa.

Ese día, leía Alsina "El Triunfo de la Muerte". Se hallaba en el capítulo en donde Hipólita, después de un paseo por el campo, se revuelve en el lecho, donde el amante trágico, fraguando el plan terrible, la besa por última vez...

La condesa se estremecía de voluptuosidad, como si su cuerpo recibiera las sensaciones de placer de otro cuerpo; como si su boca, sedienta, sintiera los besos del dominador.

Sus pupilas se humedecían; un sudor glacial bañaba sus sienes; el corazón latíale con violencia, y al influjo de la visión lasciva que la dominaba, cerró los párpados durante un segundo interminable, sintiéndose al cabo desfallecida, sudorosa, mientras dolores agudos en las coyunturas y el cerebelo la hacían exhalar ténues gemidos...

Su organismo quedó como agotado después del espasmo.

El amado, engolfado en la lectura, no había visto su rostro durante largo rato.

Cuando concluyó el capítulo final, donde los dos amantes se arrojan al vacío, levantó la cabeza y buscando los amados labios dejó en ellos un beso de fuego.

Se puso en pie ofreciendo á Leonor su brazo para que se apoyara en él; pero como viera que vacilaba la ayudó á sentarse nuevamente.

Ella no respondía á sus preguntas; parecía dormir.

Alsina tocó su frente para arreglarle el peinado, y sintiendo hervir la sangre bajo la piel húmeda, oyendo el ritmo desigual de su pecho, le preguntó de nuevo:

—¿Estás mala? La tarde está fría, vamos á la alcoba; haz un esfuerzo, yo te sostendré.

—No; déjame... ya pasará. Mira, tengo sed; dame agua.

El amado corrió á la fuente, é improvisando una vasija con una hoja de almendro, llevó de beber á la condesa, quien apuró el fresco líquido con verdadera delectación.

Y ella colocando ambas manos en su rostro, le dijo:

—Tengo fiebre; ayúdame á levantar. La lectura me ha hecho mal. ¡Cómo he sufrido! ¡Pobre Hipólita!

El llanto, por largó tiempo contenido, nubló sus pupilas brillantes; los sollozos se escapaban de su pecho.

Cuando hubo pasado la explosión, ya más fresca su piel y más acompasadas las vibraciones del pulso, la ayudó á levantar y sosteniéndola por la cintura la llevó hasta la estancia iluminada.

El sabía los dolores de aquella alma tierna, conocía la sensibilidad exquisita de aquel espíritu fecundado con lágrimas.

La auxilió para que se acostara, sentándose á la cabecera de su lecho, en cuyo dosel de esmalte azul brillaba una lámpara de cristal lechoso en forma de nelumbio que esparcía sus tintes opalinos.

—¿Ves?.. ya estoy mejor; apaga la luz eléctrica que me daña la vista. Con esta claridad es suficiente—le decía, señalando el bombillo caprichoso.

Después de cumplir su mandato, volvió á sentarse al borde de la cama, haciéndola aspirar unas sales inglesas que había hallado sobre su mesa de noche, mientras le recogía el pelo sobre la nuca.

Ella se incorporaba para besarlo en prueba de agradecimiento, y entonces reía, reía nerviosamente al ver el gesto suyo al aconsejarle no fuera loca, y que permaneciera en reposo.

Ante la amenaza de abandonarla se calmó un

tanto, á condición de que colocara la diestra entre su mejilla y la almohada.

Después de un corto silencio, el amado, creyéndola dormida, fué á retirarse; pero ella que lo ace chaba rompió á reir alegremente, como una colegiala vivaracha.

—¿Sabes?—le dijo—. Tu autor amado, es un alma de tragedia; sus concepciones parecen destilar sangre... ¡Oh, cuánto he padecido mientras leías! No me leas más nada de él... me hace daño. ¡Pobre Hipólita!...

Y nuevamente, como si la heroína de "El Triunfo de la Muerte" fuera un ser real, sufría por su trágico fin.

—Cálmate, no hables que te pones mala; olvídalo todo. Hipólita no ha existido más que en la mente del autor latino.

—Amado, cubre aquel retrato con un paño. Sus pupilas parece que me *ven*. Anda, tengo miedo.

Alsina descolgó de la pared el lienzo que copiaba el rostro de Julio Alba, y después de haberlo colocado bajo un mueble, volvió junto á la condesa que le tendió los brazos y lo cubrió de besos.

El había preparado un poco de tilo para ella que daba muestras de agitación. El escalofrío recorría su cuerpo que, bajo las sábanas, se dibujaba como una estatua de mármol.

Al poco rato Leonor Ruiz se quedó profundamente dormida. El amado, que no apartaba la vista de ella, veía cómo por sus labios semicerrados pasaba una sonrisa que los agitaba levemente. De improviso se irguió sobre los bordados almohadones y dió un grito penetrante, agudo, como el chirrido de una gaviota en medio de la tempestad, mientras despavorida saltaba del lecho presa del terror que la poseía.

Alsina que, rendido de fatiga, se había dormido en un sillón, despertó sobresaltado y al intentar de-

tenerla, al extirar los brazos para oprimirla, oyó sus sollozos entrecortados que partían de un ángulo de la alcoba donde se había refugiado llena de pavor.

Fué hacia ella, que, oculta la faz entre las manos continuaba gimiendo, y tomándola por un brazo la hizo volver al lecho en el que se veía la huella de su cuerpo.

—Haz luz, Gabriel; quiero convencerme de que ha sido un sueño.

Antes que el amado tuviera tiempo de obedecerla, oprimió el botón eléctrico.

Ya iluminada la estancia á *giorno* exhaló un suspiro, mientras el amado humedecía sus sienes con la punta de un pañuelo empapado en coñac para reanimarla.

Se había tumbado sobre la cama, desfallecida, como un cuerpo inerte que se desgaja, los brazos en cruz, la mirada atónita, el pecho jadeante... Y cerraba los ojos para no ver, y se apretaba la frente con las manos temblorosas.

Alsina le decía:

—Dime qué tienes. ¿Quieres que vaya por el médico? Estás muy pálida. Aspira las sales de amoniaco.

—Ha sido una pesadilla horrible, un sueño macabro. Tú habías muerto, y yo te había olvidado por otro; y el recuerdo de mi traición me perseguía, el recuerdo de mi crimen me aniquilaba. Una noche, que en los brazos del *otro* me hallaba, apareció de repente tu esqueleto, riente, con la risa eterna de sus dientes descarnados, y llevándome en rapto se arrojó conmigo hacia un abismo, como Jorge con Hipólita, en la última escena del libro trágico que hemos leído. Un presentimiento me dice que esa novela originará nuestra desgracia: dámela. En sus páginas ha encontrado su tumba mi fe.

El tomó de una silla los dos tomos y se los dió.

Entonces ella se levantó del tálamo y destapando un frasco intentó verter el líquido que contenía sobre los volúmenes que depositara antes en medio de la habitación.

—¿Qué haces, Leonor? ¿No ves que es mi biblia? Yo me los llevaré lejos, donde tú no puedas verlos.

—No te he negado nada—respondió—; concédeme lo que te pido... el primer favor. ¡Quiero quemarlos! ¿Me lo permites?

Poco después el fuego envolvía en sus lenguas rojas como víperas, los libros amados, cuyas hojas se iluminaban antes de consumirse en la pira improvisada.

Una vez terminado el fuego, la condesa profundizó con su índice en el montón de cenizas á que habían quedado reducidos los dos volúmenes y escribió en las baldosas de mármol, con el polvo gris: *El triunfo de la Vida.*

Después volvióse hacia Alsina, que, lleno de dolor, había asistido al sacrificio, y besándolo, le dijo:

—Ya es tarde, déjame sola; estoy tranquila y quiero descansar. Hoy no te pertenezco. Estoy algo débil. ¡Hasta mañana!

Y colocando en su cabeza el sombrero de copa, lo despidió con un ósculo apasionado.

El amado se fué y ella se hundió en el lecho, en tanto las campanas de una iglesia vibraban en la calma de la noche con la liturgia de una plegaria, con la unción de un cántico cristiano.

POR la mañana, al penetrar Alsina en el cuarto de la condesa, la encontró sentada junto á la ventana que daba al jardín, de donde subían las esencias de las flores recién abiertas y los trinos de los pájaros.

El palor de su rostro la hacía interesante á la vista del amado, que no había podido conciliar el sueño la noche anterior, pensando en aquella su pesadilla macabra.

Ella se hallaba vestida con un traje sencillo de paseo: una bata de burato, de mangas amplias que dejaban desnudos los brazos desde los codos.

Y besando al poeta, le decía:

—Hoy iremos al campo; necesito respirar aires puros. He dispuesto enganchen después del almuerzo. Será un viaje delicioso; contemplaremos la puesta del sol desde la playa. ¿Quieres?

Alsina no escuchó las últimas palabras.

Su vista se hallaba fija en un libro que sobresalía bajo las almohadas del lecho en desórden, donde la condesa había pasado toda la noche en un estado de excitación que la había hecho morder las sábanas con furia.

Se levantó de su asiento, tomó el volumen que en caracteres góticos tenía escrita la palabra "*Confesiones*", y al hojearlo, vió que estaba manuscrito.

Leonor, que lo veía, le rogó, queriendo quitarle el cuaderno de las manos:

– No lo leas, carísimo; son notas íntimas de mi

vida, declaraciones que sólo á mí interesan. Te lo ruego.

La oposición excitó la curiosidad de Alsina, quien comenzó á buscar en aquellas hojas una fecha en la que él presentía debía hallarse una declaración, la señal de una lágrima tal vez.

—¡Oh, mi amado, tú me haces padecer! Te lo suplico; no leas eso.

Y luchaba por arrebatarle el libro, mientras en sus pupilas había algo extraño, mientras en sus labios se notaba la línea de un rictus doloroso.

Alsina le contestó:

—Son tus confesiones, querida, las que por pudor me has negado, las que yo no conozco. ¿No eres mía, á caso, desde la tarde en que me besaste y me dijiste: 'te amo"? Tú no debes guardarme secretos. Los accidentes de tu vida no debo ignorarlos. Quiero ver si eres como te he soñado. Déjame.

Para evitar el rubor que había de producirle el que el amado contemplase su alma desnuda, le dijo:

—Mientras tú lees, voy á tomar un baño. Vuelvo pronto.

Y salió ligera de la alcoba.

Momentos después Alsina oía el ruído del agua que caía sobre su cuerpo desnudo.

Mientras leía, se figuraba contemplarle bajo la lluvia de la ducha que, al caer sobre su cabeza y sobre sus hombros, la extremecía de placer.

Por primera vez poseía el alma de la amada adorable, el alma virgen de su pálida princesa; á la cual veía desnuda en la blancura de sus carnes bajo el chorro del agua que electrizaba su organismo.

Sentía deseos de correr á ella para besar su boca y su frente bajo la dulce impresión que en él había dejado el grato perfume del alma virgen que acababa de violar.

Sus confesiones gustábanle más que el licor sagrado de sus besos. Se exaltaba más recorriendo

aquellas páginas donde el alma de la amada se ofrecía desnuda á sus caricias, que haciéndola llorar de placer sobre su tálamo de emperatriz.

Leía pausado, lento, deleitándose en cada frase, los párrafos perfumados con suaves efluvios, las declaraciones sinceras de su espíritu que se despojaba de sus vestidos en aquellas hojas de papel que nadie había de leer.

Y así decían algunos períodos referentes á él:

Abril 30.

Paseando hoy con mi marido, he visto unos ojos que me han hecho extremecer; me veían fijamente como se vé á una presa. Yo fingí no verlos y dejaba errar mi vista por los cielos azules, donde las primeras pinceladas del ocaso aparecían.

Sin embargo, ellos han debido notar mi súbita palidez, mi turbación. Eran unos ojos como de un sér divino, de un Cristo. Como los de mi amado muerto. Sí, son *ellos.*

Mi esposo, que es un bello cretino, me llamó la atención hacía el traje del que me veía. ¡Imbécil!

Después de recogida en mi estancia, he vuelto á ver el rostro querido. En sus labios parecía vagar una sonrisa de dolor. Debe ser un atormentado.

Quiero borrarlo de mi memoria; pero no puedo.

Un secreto instinto me empuja á él, que debe sufrir. A pesar de no haber escuchado su voz la conozco. Ahora creo oirla.

¿Lo amo? ¿Le temo? No sé definir el estado de mi alma. ¡Quisiera llorar... gritar mucho!

Un temor me asalta. ¿Nos encontraremos algún día? ?Qué sucederá entonces? No lo sé de fijo; mas presiento algo terrible que me hace temblar de antemano. !Oh, esos ojos que hablan! ¡Cómo me han visto! ¡Cómo me han cubierto de palidez! ¿Sufre? ¿Es feliz? Nada sé de su vida, que me

interesa como la propia; pero he visto en sus labios un sello de dolor, un rictus que los plegaba como si fueran los bordes de una herida. ¡Pobre alma! Quizás ya nunca tornaremos á encontrarnos sobre la vida. Más vale así. A mi mente acuden los versos del trágico inglés: *Ships that pass in the night...* Sí, somos dos naves que con distinto rumbo se encuentran un instante, y se alejan, se alejan para siempre!

— —

Mayo 7.

He vuelto por espacio de cinco días á pasearme por la alameda en que nos vimos, y no lo he visto. El banco en que él estaba sentado aquella tarde irradiaba ayer claridad deslumbrante... Me he sentado en él, sola, sin mi marido que acaba de abandonarme, que ha partido ayer para Monte Carlo, y he sentido una sensación extraña, magnética, que me sumió en una catalepsia durante largo tiempo. La noche llegó y aún permanecía allí sentada, sin voluntad para levantarme, como petrificada, viendo cómo se encendían las luces en la bahía y escuchando el toque de las campanas Al fin, me puse de pie, sin saber lo que hacía, automáticamente, como obedeciendo á un secreto impulso, á una fuerza que no partía del fondo de mi ser. Llamé un coche y le dí mi dirección. Oculta allí en la "victoria", viendo pasar los vehículos junto al mío, escuchando el vocerío de la multitud, me creí sola, perdida para siempre y rompí á llorar en silencio para que el auriga no se apercibiese. Cuando descendí del coche y entré en mi cuarto, lo hallé todo distinto, como si viviera una nueva vida, cual si acabara de llegar á una gran ciudad desconocida después de un largo viaje.

— —

Mayo 12.

Voy á la iglesia, para rezar, para consolarme; pero su silueta me persigue, me abruma. Donde quiera la miro, en todas partes la contemplo. Dijérase que es la sombra que proyecta mi alma. A veces, al contemplar el crucifijo de la catedral, he notado que en su frente, en sus labios, en sus ojos, vive *él*.

Esta mañana he trazado en el margen de un libro que leía, su boceto. Mi mano se mostró sumisa, el croquis se parece á *él*. Viendo el esbozo, me alivio, como si su vista me dijera algo que su alma siente. Creo que me ama. ¡Lo quiero tanto!

En ocasiones me figuro que es Julio que revive, y entonces siento necesidad de correr á él, verlo de frente, fijamente, con la misma intensidad que él me vió, para oir su voz, para sentir su aliento sobre mi rostro.

¿Son visiones de una histérica, de una degenerada las mías? ¿Existe *él* en realidad, ó es que yo lo he soñado? ¿Se fijó en mí? ¡Ah! momentos tengo en los cuales creo morir, en que temo que mi razón peligre.

Sola en esta alcoba, sufro mucho. El fastidio me subyuga. Leo los versos de un alma sensible, de un espíritu delicado que se queja en rimas, que solloza en versos. He visto su retrato al principio del libro. Una frente amplia; unos ojos de circasiana, ojos profundos como dos abismos en cuyo interior llamearan dos chispas, dos carbunclos; unos labios que parecen besar; una garganta suave, sedosa hecha para cuna de ósculos; un seno turgente como el buche de una paloma; y más incitante que todo eso, más embriagante que sus ojos, que su garganta, que su frente, su nombre, que es una promesa, un canto, un sueño... Se llama Ada Negri, su patria es Italia... ¡Bendita mujer, que ha derramado en mi

espíritu el perfume de su alma! Ella me ha enseñado á soñar. ¡Bendita!... bendita!.,.

Mayo 19.

Esta noche lo ví en el teatro, sentado en su butaca, inclinado hacia adelante, casi todo el cuerpo fuera del asiento; el mentón oprimido entre la diestra, fija la mirada en el cuerpo de Irma Gramática, que desempeñaba el papel de *Fedora*. ¡Ah!... ¡Cuánto envidié á la notable actriz! ¡Cómo hubiera querido ser ella, para sentir la luz de sus ojos; para que me hubiera admirado como la admiraba á ella; para que me hubiera aplaudido...!

Aurora Fuentes, que me acompañaba, notó la insistencia de mis miradas.

—¿Lo conoces?—me preguntó.

Yo fingí indiferencia, y le repuse:

—¿A quién?

—Al que está sentado en la quinta butaca, tercera línea, á la derecha. Creí lo conocías, es Gabriel Alsina, el poeta. Un gentil hombre, digno de ser amado.

—No—le repliqué—; me fijaba en la dama que se halla junto al "hombre á quien amarías".

Yo no sé que inflexión daría á mi voz al proferir las últimas palabras; lo cierto fué que mi amiga empalideció como asustada.

Evitaba verlo cuando Aurora podía descubrirme, aprovechando para mirarlo los momentos en que ella lo envolvía en su mirada ardiente, de la que comenzaba á sentir celos, como si lo poseyera.

Un momento creí que se había fijado en mí; pero fué una ilusión de mi mente.

Terminó el espectáculo: el público aplaudió con frenesí. Sólo *él* permanecía extático, en la misma

posición de horas antes, como si la intensa emoción hubiera paralizado sus movimientos.

—Vamos—recuerdo que dije á Aurora—; me siento mal; el calor me ahoga.

Y mientras echaba el abrigo sobre mis hombros, sentí la impresión de su mirada sensual que parecía pasar sobre mi escote que cubrí rápidamente, sintiendo la impresión de su caricia sobre el seno semidesnudo.

En los portales del teatro, donde las luces arrancaban chispas rutilantes de las piedras preciosas que adornaban las gargantas y los brazos de mujeres elegantísimas, volví la vista, como si un presentimiento lo anunciara, viéndolo detrás de mí, muy junto, quemándome el cuello con su aliento...

Aurora lo notó y quiso presentármelo; pero yo la dije en voz muy baja que sólo ella escuchó:

—En otra ocasión; esta noche estoy mala. ¿Nos vamos?

Y monté de un salto en mi coche, acompañada de ella, qne desde el interior lo saludaba con el abanico.

A través del cristal, vi su cuerpo inclinarse ceremoniosamente, con la liturgia de un místico adorador de artes ocultas.

El coche partió, y á medida que avanzaba, yo sentía una tristeza indefinible, amarga. Aurora me habló de él. Lo conocía bastante. Ya sabía cuanto quería. No me había equivocado al creerlo un artista. ¡Era un poeta!

Junio 5.

Siento celos. La presencia de Aurora Fuentes, que antes me era tan grata, me torna irascible, nerviosa. Ayer lo vimos de nuevo en las carreras de caballos. Iba en su coche. Al enfrentar nuestro

vehículo con el suyo, saludó á mi amiga en cuyos ojos negros brillaba un deseo. Yo me hacía sangre los labios. Mi amiga, una vez pasado ese incidente, me dijo:

—¡Es muy bello!

Estuve á punto de morir. No hablé ni una frase más. Continuamos en silencio, como si una gran desgracia nos hubiera separado á las dos para siempre.

Ella está celosa de mí... lo ama entonces.

Para romper aquel silencio, exclamó:

— En el baile del próximo domingo te lo presentaré. Podrás admirarlo; es de una erudición pasmosa; su voz es harmoniosa, como si toda la vida se la pasara recitando madrigales.

Al despedirnos á la puerta de su casa, sentí que la odiaba, que la aborrecía, y le devolví sus besos cariños con suma indiferencia, casi á la fuerza. La hubiera mordido.

Julio 10.

He hablado con él en el baile. Yo estaba más pálida que de costumbre. Cuando supo que pintaba, me rogó le enseñara mis lienzos. Ha sufrido al saber que se encuentran en Europa. Es un alma extranjera, un soñador en medio de Sarmacia.

Es, como diría el poeta: *a stranger hither.*

Conoce todas las escuelas en pintura: desde Giotto y Tiziano, hasta Van Dick y Holman Hunt. Su pintor amado es Leonardo de Vinci. ¿Qué más? No recuerdo. Sólo sé que al despedirnos me insufló vida el contacto de su mano que temblaba. ¿Me ama?...

Julio 26.

He vuelto á verlo con frecuencia; ayer fué la última vez que hablamos. Era en el teatro. Durante

los entreactos pasaba á mi palco. Aurora Fuentes no me acompañaba. Una fiebre que la tiene en cama hace cosa de dos semanas, se lo impedía. A veces, al pensar que pueda morir, me alegro; sería un obstáculo menos.

Esto sólo lo pienso en los momentos en que él me habla; después me reconvengo, y lloro y pido perdón al Ser Supremo por mis malos pensamientos. No; que viva, que viva como yo. ¡Es tan linda, tan joven! y luego ¡me quiere de verdad! ¡Oh, no Dios mío, no te la lleves, yo la amo! Y entonces siento remordimientos; corro á informarme de su estado, á consolarla y sufro si la veo peor.

El se emociona ante mí ¡Me ama!

———

Agosto 15.

Ya Aurora está fuera de peligro. En su casa, á donde voy diariamente. nos encontramos siempre Alsina y yo. ¿Va por mí? ¿Va por ella? ¡Qué horrible es la duda!

———

Agosto 22.

Hoy he recibido una esquela de Alsina, donde me ruega le conceda una entrevista. Quiere hablarme á solas, sin testigos......

———

Agosto 23.

Le he contestado que es imposible. No he querido salir hoy. Estoy muy preocupada. ¿Qué pensará de mí? He ido demasiado lejos; he jugado con la llama, y ahora me asusto al verme envuelta en ella.

———

Agosto 25.

Ha insistido de nuevo. No sé qué partido tomar. ¿Por qué temo á lo que he propendido? ¿No he dado yo lugar á caso á que sucediera esto? La oración ya no me consuela. El dolor me exalta, me hace derramar amargo llanto. Quisiera romper con él; pero sé que es imposible. Su mirada me envuelve, me turba. No podría separarme de su vida.

Sin embargo, yo no puedo pertenecerle, no puedo entregármele. Le concederé la entrevista que me pide. Le hablaré francamente, le diré qne no puedo amarlo, que Julio Alba aún vive en mí, que el conde volverá pronto de su viaje. ¡Dios mío, dame fuerzas, insúflame vida para el acto que voy á realizar!

Agosto 28.

He escrito á Alsina. Le espero mañana, de ocho á nueve de la noche.

¡Valor!

Agosto 29 (noche).

Acaba de irse. La entrevista ha dejado mi espíritu en tinieblas. Siento que toda mi existencia llora sus amarguras en esta noche trágica, en esta noche dolorosa en que quisiera morir, desaparecer. Le he dicho que no; le he hecho creer que no lo amo. ¿Y todo por qué? Porque los convencionalismos así lo exigen, porque los prejuicios de la sociedad hipócrita así lo quieren.

Mientras más lo veo, más parecido le encuentro con Julio Alba.

¡Ah, y le han negado mis labios lo que mi corazón le concede! ¡Qué negra es la vida!

Los sollozos ahogaban las palabras en mi garganta. Y él se ha ido creyéndome indiferente, vulgar como todas las mujeres, sin ideales... Y me olvidará, me despreciará; y yo, en tanto, mártir de mi destino, no podré decirle que lo amo, que lo quiero, que daría la vida por consolarlo.

Me habló de su pasado, de su niñez. La figura sagrada de su madre acudió á sus mente, como para garantizar sus juramentos.

Yo también fuí sincera; le hablé como se habla á un sér de largo tiempo conocido. No; él sabe que lo amo; él no puede despreciarme.

Y cuando se fué, yo sentí que algo se me arrancaba, que mi corazón se desprendía, que mi razón se escapaba......

—— **Octubre 22.**

Gabriel ha estado enfermo. Una fiebre tifoidea lo ha asomado al sepulcro. ¡Pobre alma, sola y herida por el hado!......

Diariamente me he informado de su estado. Mis sirvientes, por orden mía, han ido todos los días á su casa. ¡Quién hubiera podido asistirlo! Raúl Díaz, el primo de Aurora, le ha oído proferir mi nombre en medio de su delirio......

Ya está mejor. ¿Serán mis oraciones las que lo han salvado? Quizás. No sería extraño.

Hoy, con el criado que mandé á que se informara de su salud, me ha remitido un precioso bouquet junto con una esquela. Aún le tiembla el pulso.

—— **Octubre 24.**

He contestado su tarjeta, convidándolo para el "five oclock tea" de mañana. Quiero consolarlo. Le enseñaré algunos dibujos míos.

——

Octubre 26.

¿Qué ha pasado? No sé. Soy suya. Mi destino está unido á su destino para siempre.......................

....

....

La condesa salía del baño, olorosa, la piel fresca, en el instante en que Alsina cerraba el libro. El la alcanzó, abrazándola y besándola, delirante, emocionado como en la primera noche en que fué suya.

Y ella le dijo:

—Almorcemos; el coche espera.

Y unidos, descendieron al comedor.

EN el interior del *landeau* que corría por la carretera, los amantes hablaban alegremente, como si la naturaleza lujuriante que ante ellos se extendía les prestara parte de su savia vigorosa.

El le decía mirando el fondo de sus pupilas negras:

—Sí, amada; tú eres como te había forjado mi fantasía; como te presintió mi mente. ¡Qué bella es tu alma, que he podido contemplar hace poco, desnuda, sin ropajes! Su blancura es sagrada, como la de la piedra en que se encuentra tallada Juno. Tu espíritu es como un lago tranquilo que refleja en sus aguas un cielo azul. ¿Por qué me negabas penetrar en el recóndito sagrario de tu vida? ¿Por qué me impedías leer las secretas confesiones? Tu libro me ha hecho feliz. Tú eres mi soñada. Deja que te llame Presentida.

Y ella, indolentemente recostada en los cojines del coche, lo oía hablar.

Cuando callaba un instante para tomar alientos, le decía:

—Prosigue; me parece que eres más mío, que estás más íntimamente ligado á mi destino cuando me hablas.

Frente á una casita de campo se detuvo el vehículo. Los amados descendieron. Era una cabaña de pastores. En los portales, una mujer que llevaba un niño en brazos, gritó con voz fuerte:

—Pedro, ven; la señora está aquí —Y depositando á la criatura en una tosca cuna, les salió al encuentro, respetuosa y humilde.

La amada besó el rostro de aquella mujer del pueblo, por quien sentía un verdadero afecto. Se conocían desde niñas, cuando ella servía en la casa de Leonor.

Sobre el pretil de un muro se sentó, comenzando á interrogar á la aldeana sobre su vida, evocando las memorias de la infancia.

—¿Te acuerdas—le decía—cuándo nos escondíamos entre los matorrales para asustar á los que llegaban de la calle?

Los ojos de la mujer se animaron, como si aquel tiempo ído, aquellas evocaciones del pasado feliz la confortaran.

—Por cierto que una vez—repuso—asustó usted al niño Julio que se las daba de valiente. ¡Cómo se reía usted al otro día contándole á todo el mundo el susto que llevó el niño, que Dios tenga en su gloria!

Hubo una pausa prolongada, cual si el recuerdo del muerto, del ausente, esparciera allí un hálito glacial que oprimiera los corazones.

La amada se puso intensamente pálida, con esa palidez que cubría su rostro en los momentos de supremo dolor, sintiendo que sus extremidades se enfriaban y que las venillas de la frente comenzaban á palpitarle con violencia,

De un salto descendió del muro, y agarrando al amado por el brazo, le dijo:

—¡Vamos!

Y se despidió de la pobre mujer con frases de cariño.

Ya en marcha el vehículo, la saludó por última vez, diciéndole:

—Otra vez permaneceré más tiempo. ¡Hasta pronto!

El coche corría veloz por el camino polvoriento.

El sol, ya próximo á ocultarse, enviaba sus resplandores casi fríos sobre el campo, donde se escuchaba el canto de los gallos.

Llevaba entre sus manos la Presentida una flor silvestre que le había dado Graeia, la ex-criada de su casa.

Era una rosa de montaña, de tamaño poco común, roja como la sangre.

Alsina, viendo como el silencio continuaba, dijo á la amada que se hallaba absorta en sus pensamientos:

—Llegaremos después del crepúsculo á la playa.

—Sí — respondió—, aún estamos á una legua próximamente y los caballos están algo cansados. ¿Vamos á casa? ¿Quieres?

—Es mejor así; de lo contrario llegaríamos demasiado tarde y nos expondríamos á que la lluvia nos sorprendiera eu el camino. Asómate por el cristal y verás las nubes negras como avanzan. No tarda en llover.

Efectivamente, en el cielo se veían los augurios de un fuerte aguacero.

Al poco rato se divisaban las primeras luces de la ciudad, que se esbozaba á lo lejos, sin perspectiva, como un paisaje egipcio tallado en granito. Las torres de los templos se alzaban por encima de los demás edificios, que parecían inclinarse ante sus agujas de piedra en señal de veneración.

La cúpula de la Iglesia Mayor aparecía renegrida por el tiempo, que se diría le hubiera dado una capa de betún.

Indistintamente llegaba á los amantes la voz de los bronces que repicaban y cuyos sonidos amortiguados por la distancia simulaban ser ecos misteriosos de secretas confesiones.

El vehículo acababa de abandonar la carretera, penetrando en las calles de la ciudad, dejando atrás el campo sombrío.

El sudor bañaba la frente pálida de la condesa que, presa su diestra por las del amado, escuchaba su voz que disipaba la mortal angustia de su alma.

—¿Tú no has sentido—decíale—en las horas de mayor melancolía, una impresión dulcísima, vaga, indefinible, pasar por el espíritu? ¿Y no has experimentado alguna vez, sin motivo para ello, deseos de llorar, algo como una nostalgia de sufrir? No sé porqué; pero yo me imagino que tu alma es distinta á las demás, que sólo tiene puntos de contacto con la mía; mejor dicho, que ambas no son más que una sola. A ratos me figuro que piensas en lo mismo que yo, que sientes el mismo anhelo, el mismo dolor. Entonces es cuando te creo mía, cuando te poseo totalmente. Pero en otras ocasiones, mi pesimismo surge de improviso y te me presentas bajo un disfraz; queriendo parecer de un modo distinto á como eres realmente, disimulada, hipócrita, pérfida...... ¡Ah! tú no sabes cómo padezco, tú no puedes imaginarte lo que siento cuando creo ver en tí á la hembra artificiosa, exacta á las demás mujeres! Y me pregunto si voy á perder la razón en esta lucha horrible. Entonces recuerdo tu primer beso, tu primera caricia, y se disipa la sombra negra y apareces radiante, iluminando las profundidades de mi cerebro en desequilibrio. Dime que me amas; dime que no guardas secretos para mí, que eres sincera. Dímelo; quiero oirlo de tus labios, quiero convencerme de tu lealtad; dímelo...... dímelo......

Y apretaba nervioso la mano de la amada, que palidecía ante la presión dolorosa.

Y la miraba fijamente como queriendo sorprender en su mirada atónita algún pensamiento oculto.

—Suéltame, me haces daño—; respondió ella que sentía crujir sus dedos.

La voz querida lo despertó de su ensimismamiento doloroso, volviéndolo á la realidad.

—¡Perdóname, soy un infame, perdóname!

Y mientras acariciaba la mano dolorida y congestionada, le hablaba dulcemente en voz baja:

—¿Sabes?—le decía. Es preciso que yo te cuente mi historia, que te enseñe mi pasado, para que puedas comprenderme, para que puedas amarme.

—Es inútil, conozco tu presente que es mío, sólo mío, y me basta. ¿Podría amarte más de lo que te amo?

—Tú debes penetrar en mi existencia más de lo que has penetrado, para que tu amor por mí sea duradero, fuerte. Necesito que no ignores nada, que me conozcas desde el ayer, para que me ames desde el pasado. Quiero que te acostumbres á verme niño, á contemplarme adolescente, á admirarme en la edad viril de las pasiones y los sueños, para que puedas adorarme hoy, como yo te adoro, como yo te amo. Sin conocer mi vida, no puedes amarme como yo quiero que me ames: con delirio, con pasión, con locura. Antes te amaba, sentía una atracción irresistible que me llevaba á tí, como la aguja al Polo; pero no sentía lo que hoy, no sabía porqué te amaba. Desde que me fué dado ver tu alma, desde que leí tus confesiones, te adoro de distinta manera, con amor más puro. Has de sentir agigantarse tu pasión por mí al conocer mi vida llena de luchas y de sombras, de ensueños irrealizados, de esfuerzos estériles... Tu lástima será inmensa cuando conozcas mis tristezas, mis dolores... y me amarás mucho, mucho... tanto como yo á tí... Todo te lo confesaré mañana, y entonces, cuando ya me adores, podré decirte mía... podrás llamarme tuyo!

El amado calló. El coche acababa de detenerse á la puerta de la casa señorial donde vivía la condesa que, con un beso prolongado, el último de esa noche, selló los labios trémulos del amado que la ayudó á descender.

Y como viera que Alsina no la acompañaba hasta su alcoba, le dijo:

—¿No vienes?

—No, mañana; cuando conozcas mi vida íntima; cuando puedas llamarme tuyo; cuaudo pueda decirte mía.

Y tomando la diestra desnuda de la amada, donde aún se notaba la marca de la presión digital, la besó castamente, con un beso respetuoso, sin fiebre, sin deseos.

Al salir á la acera sintió sobre su faz incendiada la impresión fría de la lluvia que comenzaba á tamborilear su canción de una nota en los tejados.

Y con el alma herida, recordando las palabras de la aldeana, vió pasar ante él, la silueta de Julio Alba que le disputaba el corazón de la condesa.

SÍ; yo he sido odiado, lapidado. He sentido en mi rostro los bofetones de la turba vil—decía Alsina á la condesa—; y todo porque he sido altivo, porque no he pactado vergonzosamente, porque me he rebelado. Un día—contaba entonces quince años—sentí que algo latía en mi pecho, que el fuego sagrado caldeaba mi cerebro. Y mis versos los arrojé á la muchedumbre estulta, á los analfabetos engreídos de la literatura patria, como palomas de sacrificio que ellos habían de devorar sin piedad alguna. Cuando la crítica insultante me clavó sus garras; cuando se me aconsejó que dejara la lira para siempre; cuando se me llamó "poetastro melenudo", llegué á casa, bañado el rostro de lágrimas, agitando la revista donde se me injuriaba, y arrojándome á los brazos de mi madre le confesé mis dolores y lloré mucho allí, apretado á ella, que alborotaba mi crinera hirsuta de leoncillo herido en el primer encuentro, mientras que con palabras divinas me calmaba, aconsejándome el aislamiento, si no quería sentir sobre mis carnes el flagelo de los odios rurales, de los que ella era una víctima.—"¡Pobre hijo mío!—me decía—Siempre serás una planta exótica en la parroquia, que te odia porque eres superior á ella, porque en tus venas corre la sangre de Jesús Alsina, el cual no hace mucho, desde las columnas de su diario, los apostrofó, los envolvió en la llamarada de su prosa dantesca; serás siempre odiado, porque desciendes del que en los últimos instan-

tes de su vida, cuando moría en playas extranjeras, maldecía á la aldea lejana, donde su mujer y su hijo se veían solos, sintiendo sobre sí el odio implacable dc la chusma. que no teniendo valor para paralizar el brazo que lo azotaba, descargaba toda su rabia en dos séres indefensos: ¡en nosotros!" A pesar de los años transcurridos, creo escuchar la voz temblorosa de mi madre, la que había de morir separada de mí, sin que pudiera imprimir un beso sobre su frente fría. Una noche, que en el extranjero pensaba en mi agitada vida, recibí la noticia de su muerte, que me comunicaba el único amigo que me había defendido en el villorrio. Torné á la patria para llorar sobre el sepulcro amado, y á mi regreso oi de nuevo las voces enemigas que me insultaban cobardemente; sin respetar el dolor que me embargaba. Dos años después era elegido para el cargo de diputado, no por los electores de mi provincia, sino por los de otro estado donde mi labor de diarista se recompensaba de ese modo. ¡Oh, amada! tú no puedes figurarte las luchas que tuve que sostener diariamente en la Cámara. Carlos Vampa, el hijo del cura de mi pueblo, elegido por la aldea para que la representara, ponía en práctica toda suerte de artimañas para obstruccionar mis planes: ya vendiendo su voto á mis contrarios, ya provocando motines cuando veía triunfantes mis proyectos. Una tarde, después de una discusión violenta, le dije exasperado de su villanía:—Tú no debes hablar de honradez, porque vienes manchado desde el claustro materno. Oyelo bien: ¡tu padre es un cura!—No contestó siquiera, y se alejó con la frente baja, fraguando su venganza. Al día siguiente, numeroso público llenaba los salones de la Camara. Yo había presentado un proyecto de ley, duramente combatido por Carlos Vampa, quien consiguió que fuera derrotado. Ensoberbecido con su nueva victoria, comenzó á hablar, á

invocar los derechos del pueblo soberano, á aludirme indirectamente. Recuerdo que al terminar su insulsa perorata excitaba al populacho con frases sediciosas á que hiciera justicia por su mano, á que "extirpara á los que salidos de su seno lo combatían".—"¡Pueblo—decía—, conoce á tus verdugos; míralos de frente, que la hora ha llegado de que reivindiques tus agravios! ¡Para los traidores, la infamia, el desprecio, la muerte! Señalarte los victimarios, huelga; tú los conoces. Practica tus derechos." Y terminó su arenga bajo una lluvia de aplausos que llegaba de la Barra. Me llamaba traidor y verdugo, en venganza de mis insultos. No teniendo energías para pedirme una explicación cara á cara, se apoyaba en la turba analfabeta para lapidarme. Intenté hablar; pero los gritos de la plebe me impidieron azotar el rostro cetrino de Vampa. —"¡Muera el traidor! ¡Abajo el bandido!"— "¡Que se calle!"—"¡Abajo! ¡Muera!" Tales erán las palabras que proferían aquellas bestias...... Hubo un momento de silencio que aproveché para desahogarme. Miré á Vampa que se hallaba delante de mí y señalándolo con el índice, le dije con voz fuerte, para que lo oyeran todos:—¡Usted es un canalla y un cobarde! Lívido, se volvió á la chusma que comenzaba á gritar de nuevo y con un gesto la acalló para decirle:—"¿Oyes, pueblo? ¡Insultan á tu representante, al que defiende tus sagrados derechos!" Yo repuse:—Es usted muy vil para representar al pueblo. De nuevo resonaron gritos de cólera.—"Sí, sí—decían—; es nuestro representante. ¡Insultarlo, es insultarnos á nosotros!" - ¡Mueran los traidores!" Y resonó la voz ronca de Vampa dominando el rugido de aquellos lobos hambrientos.—"¡Pueblo, cumple con tu deber! ¡Ya es tiempo!" La policía fué llamada al interior del edificio por el Presidente de la Cámara; pero halló tenaz resistencia en el populacho que, blandiendo garrotes y na-

vajas, se dirigía á mí, que, revólver en mano, buscaba inútilmente á Carlos Vampa. Estaba perdido, y viendo que toda esperanza de salvación era una utopia, resolví vender cara mi vida. De pronto oigo que Raúl Díaz, el primo de nuestra amiga, me dice: —"Somos dos contra una poblada; defiéndete." Carlos Vampa, en la calle, excitaba los ánimos. Díaz y yo pudimos abrirnos camino por entre aquellos salvajes que nos cercaban. Cuando notaron que la presa se les escapaba, al vernos en el rellano de la escalera, donde un piquete de policías nos ayudaba á huir, rugieron como tigres hambrientos y se lanzaron desesperadamente sobre los guardias que nos guardaban la retirada. En la calle sentí un golpe en la cabeza, giré sobre los talones, una oleada de sangre me cubrió hasta el rostro y habría caído en tierra si Raúl, mientras disparaba su revólver contra los grupos, no me hubiera sostenido fuertemente. Una compañía de soldados disipó á los sediciosos que se alejaban por las calles profiriendo gritos de cólera impotente...... ¿Y después? ¡Han pasado tantas cosas! ¡He experimentado tantas angustias! La revolución que triunfaba al poco tiempo, me arrojó nuevamente lejos de la patria. Y una vez más recorrí los países extraños, con el espíritu ensombrecido y llena la mente de sueños imposibles, entenebrecida por tristezas inenarrables y profundas. Tú has sido mi primer amor...... el único...... Las luchas tempestuosas que me agitaban incesantemente no me daban tiempo para perseguir una ilusión. Mis labios no han besado con amor otros labios que los tuyos; mis ojos no se han visto sino en el fondo de tus mágicas pupilas. ¿Sabes? Yo tenía sed de caricias. Mi espíritu necesitaba de un consuelo que sólo tú le has proporcionado. Te amaba desde niño. Recuerdo que muchas veces me sentía absorto ante la contemplación de la imagen de una virgen que se pa-

recía á tí. Yo adoraba aquella faz sin saber definir la sensación que me embargaba cuando la veía. Era una mezcla de temor y de pasión. Una vez la besé y en mis labios sentí una llama ardiente, abrasadora. ¡Eras tú que me besabas desde lejos! Tenía la misma expresión de tristeza que hacia tí me lleva; tus mismas pestañas largas y sedosas...... En uno de mis días más tristes, de mayor desolación, surgiste misteriosamente bella, como surge una Venus de los mares, á iluminar con tu fulgor de estrella la noche de mis dudas y pesares. Y te amé, te amé desde el fondo de mi alma, con pasión de fanático, con idealismos de demente...... Al verte del brazo de tu marido, al pensar que él poseía tus blancuras sagradas de lirio, que eran suyos tus dulces suspiros, pensé en la virgen pálida de un sueño que muere al despertar el soñador. Tu recuerdo me obsesionaba, te veía en todas partes. ¿Tú, acaso, no leíste en mis ojos el poema de mis ánsias la noche que salías del teatro? ¿Tú no sentiste entonces que en tu alma nacía una blanca flor de holocausto, de sacrificio, de piedad? ¿No te sentiste mía desde esa noche? ¿No sintieron tus labios mis besos? Dime: ¿no eras mía desde esa vez?...... Era necesario que no te ocultara nada, que lo supieras todo, todo. Vivo por tí, para amarte, para que me ames. ¿Tú sabes lo que es verse solo sobre la tierra, perseguido por el destino, lapidado por la estulticia de la comarca? Si, tú sabes cómo he sufrido en mis noches de huérfano y proscripto, sintiendo el silbido de las viperas del odio, de los reptiles de la envidia; tú lo sabes; tú has sufrido también. ¡Somos dos parias, dos vencidos! ¡Bésame, mi bien, derrama en mi alma el perfume de tu espíritu!

Y ella, la dulce soñadora, la helénica beldad, la niña musa, besó la frente espaciosa del amado, que sentía la presión suave de sus labios que temblaban ligeramente de emoción......

ALSINA y la condesa sentían con la llegada del invierno agigantarse sus neurosis.

Sus almas marchaban unidas en peregrinaje hacia la desolación, dejando una estela sangrienta que señalaba su camino.

Las proyecciones negras del ayer, con toda su cohorte de tristezas y de dolores, pasaban ante sus ojos donde la angustia de la vida se reflejaba.

Sus almas de ensueño en vano querían ascender á las cumbres lejanas del ideal. La ruda realidad los despertaba, mostrándoles el mundo miserable del cual querían huir.

Cruzaban por la existencia cual dos aves que atraviesan los aires en tarde de tempestad.

Era en las noches de invierno, cuando en la alcoba pensaban en la Gran Liberatriz, en la casta inviolada: en la pálida muerte......

Creían entonces escuchar las voces misteriosas, los trisagios de los espíritus de ultra-tumba, que aguardaban la entrada de sus almas en la mansión de la paz y del olvido.

Y alejados de la realidad por un instante, viendo brillar una estrella en lontananza, experimentaban como un aletargamiento, como una embriaguez de los sentidos.

Ella devoraba su dolor con la resignación de una mártir, con la abnegación sublime de un ángel.

Sentía subir las lágrimas á sus ojos y, cuando el amado le preguntaba la causa de su llanto, sonreía; sonreían sus labios que purificaban las hostias al comulgar; sonreían con la misma sonrisa de la Bella Gioconda en la tela de Leonardo de Vinci, y decía al poeta atormentado para calmar su duelo:

—No sufro; lloro sin deseos, sin motivo para ello; es sintomatológico de la neurastenia......

Y él que conocía aquella alma de estrella, que sabía de las tristezas de la amada, la amaba por sus piadosas mentiras, por su nobleza, por su abnegación ilimitada.

El á su vez le ocultaba sus pesares, sus tristezas. Sufría en silencio la muerte de sus queridas ilusiones.

El proyecto de fundar una revista de arte, había fracasado ante la indiferencia que encontrara en la *élite* que le había prometido su ayuda. Su libro *El Angelus*, esperaba desde largo tiempo hacía el prólogo que Raúl Díaz le ofreciera, y que no había escrito á pesar de tenérselo prometido.

Preocupado Raúl con sus estudios de medicina, apenas si recordaba una que otra vez el compromiso contraído para con su amigo.

Así avanzaban los dos enamorados, sintiendo á cada paso las ofensas de la vida que amargaban sus sus idílicas noches con la rudeza de sus golpes.

Así ascendían ellos el calvario, doblegados por el enorme peso de las dudas, con las pálidas frentes inclinadas y una frase de amor entre sus labios descoloridos.

Ella sentía los primeros síntomas de la enfermedad que envenenara la sangre de casi todos sus ascendientes de la rama paterna. Conocedora del terrible mal, sufría al notar sobre uno de sus senos la rubicundez anunciatriz, las manchas rojas que cubren la parte en que ha de desarrollarse el cáncer.

Varios meses permaneció la mancha rojiza sobre el seno inflamado, lo que hacía pensar al amado fuera una erisipela, quizás una psoriasis.

La piel se hacía lustrosa, como barnizada, según aumentaba la tensión de los tejidos.

Una mañana vió que la inflamación decaía visiblemente, que la mancha escarlata iba desapareciendo. A los pocos días, apareció en el seno una pequeña grieta, casi imperceptible.

De nuevo aumentaron sus temores; por la reducida boca de la escoriación, sentía salir un vaho tan cálido cual si la sangre hirviente tuviera un escape por allí.

La asiduidad del amado en practicarle las curaciones repetidas que señalaba el médico, hicieron que al poco tiempo se cerrara el forúnculo, que había crecido notablemente en los últimos días.

Una costra blancuzca cubría la parte enferma. Todo hacía pensar que el peligro había cesado, que sólo había sido una irritación de los tejidos, acompañada por la presencia de un tumor de carácter maligno que ya había terminado su proceso.

La amada había adelgazado mucho durante la enfermedad. Las fiebres periódicas habían desgastado su organismo.

Sobre el seno permanecía la costra, dura, grisácea, la que no se desprendía con los lavados de agua boricada que á menudo se hacía.

El médico había hablado á Alsina con franqueza, sin ocultarle la terrible noticia. Según el facultativo, el cáncer no había desaparecido; bajo aquella costra dura que de un momento á otro se desprendería, estaba la afección mortal.

El poeta quería morir, acabar de una vez la existencia dura y miserable.

¿Cómo no sufriría la amada al convencerse de la fatal nueva? ¿Soportaría ella el golpe que le asestaba la desgracia?

Y no pensaba más que en salvarla, en arrancársela á la muerte que se bocetaba en el cielo de su vida, con sus órbitas sin luz y su carcajada estúpida y sangrienta.

Se informaba con Raúl Díaz, próximo á graduarse, sobre todos los síntomas del mal, las causas que lo originan, el modo de combatirlo. Con él pasaba largo tiempo estudiando en sus libros de medicina la manera de curar la enfermedad incurable.

En todos los textos encontraba una frase terrible que llegaba hasta el fondo de su alma, como la hoja de un bisturí.

Aquellas palabras dolorosas y amargas en la sencillez con que estaban escritas; mortales en la frialdad con que habían surgido de los cerebros de los maestros, parecían obrar sobre su corazón directamente.

Cada vez que su vista, ya cansada de recorrer las páginas de los textos voluminosos, en el final de los capítulos leía el último párrafo donde se aconsejaba á los profesores luchar contra el mal incurable, al que debían atacar desesperadamente "para alargar la vida del paciente", el cual se hallaba condenado á morir del cáncer; cada vez que leía esos párrafos donde la ciencia implacable en su austeridad de Sibila, ciega y sorda á los lamentos, hablaba de alargar la existencia de los atormentados; cada vez que devoraba esos renglones, sentía una angustia horrorosa, como si cien monstruos, de largos tentáculos, oprimieran su torax que sentía crujir.

Raúl trataba de consolarlo y le negaba últimamente los libros de medicina para evitarle tan duros sufrimientos; pero él acudía al gabinete del médico que asistía á Leonor; le preguntaba sobre la enfermedad, lo que tardaría en llegar el desenlace, á cuya idea quería habituarse, y ofrecía al anciano doctor toda su fortuna si lograba salvarla.

—Hacedme entrever una esperanza —decíale;—

prometedme luchar sin desmayo, como si se tratara de vuestra hija.

—Veremos... el caso es grave... la enfermedad es hereditaria... según vos. En otro lugar, en el labio, por ejemplo, acudiendo oportunamente, podría, con auxilio de la cirujía, evitar la propagación... detenerla; pero sobre un seno y del lado izquierdo, es peligroso operar. Lo principal es no irritar la parte afectada, refrescarla á menudo con lavatorios, nada de ungüentos. La costra que cubre el cáncer se desprenderá con los baños. Entonces, cuando pueda estudiar los progresos del mal, diré si hay esperanzas de salvación. Sóis un hombre y debéis estar preparado para recibir las malas noticias, Aún no sé; esperemos á que la capa escamosa se desprenda. En la parte moral, evitadle fuertes sensaciones; distraedla, habladle de todo, menos de su enfermedad. Le he hecho creer que es un tumor pasajero ocasionado por una lesión. Seguid mis planes al pie de la letra. No os atemoricéis por la fiebre. Debe permanecer en reposo el mayor tiempo posible. Si necesitáis de mis auxilios, enviad por mí á cualquier hora.

Al salir Alsina del estudio del doctor, llevaba la plena convicción de que la amada se moría, de que toda esperanza había fracasado. Sonaban en sus oídos las palabras del médico:—"Sóis un hombre; debéis estar preparado para recibir las malas noticias", con sonidos extraños, aterradores......

Toda la sangre afluía á la cabeza que sentía arder, como si una llama oculta caldeara las circunvoluciones del cerebro; cual si las paredes del cráneo despidieran un calor de fragua.

Cuando entró en el cuarto de la condesa la encontró dormida, muy pálida la faz, ojerosa, contraídos los labios, los brazos anudados sobre la cabeza, descubierto el seno enfermo que se levantaba con el ritmo de la sangre.

No hizo ruído. Se sentó en una mecedora y agobiado por el dolor de perderla, presintiéndola muerta, permaneció largo rato en actitud dolorosa, fijas las pupilas en la amada que dormía junto á él que la lloraba prematuramente.

El primer movimiento de la condesa al despertar fué cubrir con las colchas la parte desnuda de su cuerpo.

—No, querida—le dijo el poeta mientras la besaba —; así estás mejor, las telas te irritan. El médico me ha aconsejado mucho fresco. No te arropes con la sábana. ¿Te ha hecho Gracia los lavados?

Ella, obedeciéndolo, arrojó de sí las colchas y le dijo con voz muy suave que casi era un secreto:

—No, Gracia no ha venido todavía por la alcoba; tiene malo al niño. Baja á informarte como sigue; está atacado al cerebro. Será bueno que cuando venga el médico hagas lo vea. ¡Pobrecito!

Alsina bajó á informarse del estado del hijo de la criada á la vez que á ordenar á ésta preparara la solución recetada por el médico para hacer los lavatorios á la enferma.

Cuando regresó, traía pintado en el rostro el dolor que le había producido la escena del niño muerto y de la pobre madre desolada que lo besaba locamente.

Y conociendo la impresión que había de producir á la amada la noticia, le dijo:

—Está mejor; pero he dicho á Gracia que no se mueva de su lado para que pueda atenderlo. Yo te prepararé el baño.

Mientras el agua hervía, él trataba de distraerla hablándole de un próximo paseo que tenía en proyecto para cuando pudiera salir á la calle.

—Verás— decíale—lo que vamos á gozar entonces. Pasaremos todo un mes en el balneario, lejos del bullicio de la ciudad, contemplando los paisajes á plena luz, oyendo el canto de las olas que mueren

en la playa y viendo las velas que cruzan por el horizonte. ¡Qué bellos crepúsculos vas á copiar! Llevaremos tus telas, los pinceles, la paleta, el caballete. En tanto tú sorprendes los detalles más mínimos de la naturaleza, yo, en mi cuadernillo de anotaciones, tomaré apuntes para un libro que pienso escribir de arte exquisito que tú ilustrarás. El médico me ha dicho ayer, que si eres obediente y sigues sus instrucciones puedes estar buena dentro de quince días. ¿Sabes por uno de los motivos que anhelo verte restablecida? Para que concluyas tu cuadro "Almas de Ensueño", esa creación maravillosa donde vaga tu espíritu intangible, donde se te vé en la figura de aquella virgen que asciende en persecución de una estrella que brilla con luces radiosas. Tú eres ignorada como lo soy yo en la parroquia. París ceñirá una corona de laurel á tu frente en la próxima Exposición Internacional. Ya yo también empiezo á ser admirado. Una revista de Madrid, inserta mi trabajo sobre Gabriel D'Annunzio. *El Arte*, de esta capital, periódico que me atacó en una época, me ha pedido en atenta comunicación un trabajo sobre el porvenir de los pueblos latinos. No pienso acceder á lo que de mí solicitan. Quiero seguir siendo odiado, insultado. Estoy tan acostumbrado á oir las blasfemias, que las alabanzas me chocan. Aún no es tiempo.

La condesa se había incorporado en el lecho, y á una indicación de Alsina descubrió el seno enfermo.

El amado la ayudó á acostarse, colocándole la cabeza hacia atrás, apoyada sobre una almohada más baja que el resto del cuerpo. Humedeció un poco de algodón en la solución boricada y comenzó á dejar caer, sin rozar la carne, delgados chorros sobre la costra dura y grisácea.

Largo rato invirtió en esta operación que ejecu-

taba admirablemente, con maestría suma. Y cada vez que Leonor, cansada de aquella posición violenta en que se encontraba, le pedía fuera breve, él, con voz cariñosa, le decía:

—Un minuto más y te dejo descansar; es necesario que seas dócil para que podamos ir al balneario, donde has de reponer tus fuerzas.

Y aquel minuto se alargaba, se hacía interminable......

Al fin, sintiendo que el brazo se le cansaba cesó, y luego de enjugar cuidadosamente los bordes de la cicatriz y de arreglar las sábanas del lecho, la colocó en una posición cómoda, sentándose al borde de la cama.

Ella lo miraba en silencio, como hebetada, queriendo oir el consuelo de sus palabras que calmaban su angustia.

Pero él, absorto en sus meditaciones sombrías, no supo interpretar el lenguaje de sus miradas melancólicas que le pedían hablara. Notando que el amado no la había comprendido, deseosa de escuchar su voz, le preguntó, viéndolo en los ojos con fijeza:

—¿Te acuerdas del día que fuímos al *tiro de pichón* con Aurora Fuentes? Me parece ver todavía á las palomas ensangrentadas en la arena, rotas las alas y convulsionándose de contínuo. Esa tarde sufrí mucho; encontré no sé que símil entre las pobres aves y nuestras almas. Yo creo que no podremos ir al balneario como tú piensas; siento debajo de la cicatriz, como si la carne se destruyera al contacto de un ácido. Gracia, que estuvo anoche conmigo, me dijo al ver la costra, que era un cáncer. Yo le hice ver que era un tumor; pero ella me dijo que presentaba los mismos caracteres que el de mi tía. Estoy conforme con mi sino. Sé que me hallo sentenciada; rebelarse sería inútil......

El intentó persuadirla de su error, convencerla de

que pronto sanaría; mas ella, segura de estar herida de muerte, no prestó atención á sus palabras.

Hasta la alcoba llegaban los lamentos de la criada que se retorcía junto al cuerpecito inerte de su hijo.

—¿Oyes?—dijo la condesa—; alguien llora.

—Sí, es Gracia, que se desespera. El niño está fuera de peligro; pero la pobre mujer lo cree grave. ¡Es natural!

Y cerró la puerta para que las lamentaciones no penetraran en la estancia.

Pasó un rato sin que los amantes hablaran.

De improviso se abrió de par en par la puerta y penetró en la habitación la sirviente, el cabello suelto, la mirada extraviada y con el cuerpecito yerto del hijo en brazos, gritando con voz ronca, con voz satánica que helaba la sangre:

— Está muerto. La Bruja lo ha matado; ella le hizo *mal de ojo*. ¡Mírelo, mírelo; está muerto!

Y presentaba el cadáver á la condesa y á Alsina que aterrorizados contemplaban aquella escena.

Los criados penetraron en la habitación y se la llevaron, mientras Leonor, presa de un síncope, veía cruzar ante sus ojos asombrados la figura de la loca; con el cadáver del niñito en brazos......

LA condesa dormía. Alsina, sentado junto á ella, seguía los acordes movimientos del péndulo del reloj, cuyo sonido acompasado y monótono vibraba en el silencio de la alcoba como el trabajoso respirar de un moribundo. A cada momento se levantaba de su asiento colocando su diestra en la frente de la amada para saber si la fiebre disminuía. Débiles quejidos salían del pecho extenuado, cuyos lamentos casi inapercibibles, encontraban un eco en el corazón del poeta que los escuchaba con dolor, con tristeza infinita, mientras una contracción de sufrimiento se dibujaba en su rostro demacrado.

Al fondo de la habitación, en la penumbra, se encontraba la tela inconclusa, el lienzo luminoso en la dulzura de sus tintes. Sobre una silla de peluche rojo un gato de angola ronroneaba dulcemente.

De afuera, de la vía populosa, comenzaban á llegar las voces de los vendedores de periódicos, de las sirenas de los automóviles, de los timbres de los tranvías. El ruído asordador que de la ciudad subía, despertó á la condesa.

El amado tomando una de sus delgadas y aristocráticas manos, le decía:

—¿Cómo has pasado la noche? ¿Estás más aliviada? ¿No te duele como ayer?

—Sí, estoy mejor; pero siento dolores en todo el cuerpo como si tuviera cariados los huesos. ¡Qué sueño más plácido he tenido mientras dormía!

¡Qué visiones más dulces las que me rodeaban! ¿Sabes? Para evitar los padecimientos que me abruman, necesito que cuando comience á quejarme, me inyectes de nuevo morfina. ¡He gozado tanto! Anoche fuí feliz...... Quiero caminar un rato; me darás mis vestidos y ya una vez levantada abriremos el balcón. Dí á Gracia me ayude á vestir. No te haré esperar mucho. En seguida estaré lista y podrás entrar. Vé á llamarla.

Al poco rato entró el amado y le dijo:

—¿Quieres que Aurora Fuentes te ayude á vestir? Gracia está mala. No he querido llamarla. Aurora me ofreció su auxilio. Espera por tu resolución en la sala. ¿Qué hago?

—Está bien, dile que entre.

Y la noble amiga penetró en la alcoba de la enferma y la vistió de blanco, con solicitud y cariño, y abrió las persianas del balcón, inundándose la estancia en la luz del sol.

Cuando Alsina entró pudo ver á las dos mujeres sentadas en el canapé verde de crisantemos de oro.

Se retiró para no interrumpirlas y desde la habitación contigua escuchaba la plática de la condesa y de Aurora, cuya conversación versaba sobre la enfermedad de la primera.

Su voz suave tenía dulzuras de cadencias, ritmos de arpas heridas por artistas dolorosos.

El amado, escuchándola hablar de la muerte con resignación increíble, con naturalidad asombrosa, sentía que el escalofrío recorría su cuerpo, en tanto su cerebro concebía cuadros siniestramente macabros, dignos del pincel de Goya.

Y ella moriría pronto, quizás antes de un año, y él entonces, atormentado por su recuerdo, llevando su efigie en el alma, se refugiaría en alguna aldea ignorada, en cualquier villorrio miserable, lejos del mundo, para adorarla en la soledad como adoran á su Cristo los cenobitas austeros.

Y se rebelaba en su duelo contra Dios y los hombres.

Todo era mentira: la ciencia impotente, la divinidad inconsciente.

Dentro de poco llegaría el médico como de sólito, á recetar medicamentos que en nada mejoraban á la enferma, drogas qus iban minando su organismo lentamente.

El mal avanzaba con rapidez. Sus efectos mortales habían hecho horrible estrago en la condesa, cuya palidez cerámica, una palidez de carne sin vida, de lirio exangüe, era un poema de tristezas.

¿A dónde ir, después que ella muriera? ¿A qué playa arribar? ¿A dónde, á dónde?......

Ante su vista atónita sólo se desplegaba un paisaje tétrico; una isla solitaria llena de cadáveres insepultos, de perros hambrientos que ladraban, de serpientes que silbaban. Era el islote donde impera la trágica diosa, la lívida locura, la reina de los senos flácidos, de las manos largas de espectro, de los ojos inmensos......

Y oía su voz que lo llamaba, su voz dominadora, dolorosamente melancólica, sugestiva, atrayente......

La veía avanzar... extendidos los brazos largos y descarnados, preludiando la canción de Ofelia, la niña por ella impulsada á las aguas; la veía cruzar sobre los mares, como flota un espíritu en los aires, ligera, sutil, y ya sentía el roce de sus manos que apoyaba en su frente helada, ya percibía sus palabras irresistibles, sus mágicas frases.

En su delirio la oía decir:

—¿No vienes? Yo soy la locura. Yo apagaré la luz de tu cerebro. Olvidar es gozar... Marchemos á la isla donde tengo mi trono. ¡Serás rey!

El médico penetró en la sala.

Alsina, preocupado por las visiones que poblaban su mente, continuó dialogando con la lívida emperatriz que lo seducía; mas al oir la voz del doctor,

pareció reconcentrar sus energías mentales que el dolor había disgregado, y avanzando hacia el reciénllegado, lo invitó á sentarse.

—¿Cómo está?—preguntó á Alsina.

—Ha dormido toda la noche bajo el influjo de la morfina. La fiebre desapareció en la madrugada. Mientras dormía se quejaba débilmente; á menudo fuertes traumatismos la conmovían. Está muy débil, muy pálida...

—¿Puedo verla?

—Un instaate, doctor; voy á avisarle.

Momentos después, Aurora y Gabriel, en la sala próxima á la estancia de la enferma, mudos y sombríos, parecían querer reprimir los latidos del corazón.

El médico, á solas con la condesa, le hacía un lavado prolongado para desprender la costra grisácea que cubría toda la parte afectada del seno. Al cabo de quince minutos la escama comenzó á desprenderse por los contornos. Poco á poco se veía la carne viva, prpuúrea... Ya no estaba sujeta la escara más que por un solo lugar.

Los delgados chorros de agua desinfectada continuaban cayendo sobre el seno......

La condesa permanecía acostada, boca arriba, cerrados los ojos por la impresión de dolor que le producía el contacto del agua sobre la piel sensible, sintiendo ligeros estremecimientos.

La costra se desprendió por fin. Era extensa, circular, casi del tamaño de un franco; negruzca por la parte exterior y violácea y blanda por la pared interna. El médico la observó un momento, arrojándola en la cubeta del agua. Después se inclinó sobre la enferma que jadeaba; y permaneció largo espacio de tiempo con los ojos fijamente clavados en el cáncer, cuyo desarrollo rápido había destruído los tejidos. Las venillas azules, casi al descubierto, se veían latir. La carne, horadada por diversos

lugares, estaba de un color de sangre coagulada; por donde quiera se notaban profundas grietas llenas de ícor, las que exalaban un olor repugnante. El líquido corrosivo había deshecho las celdillas; había profundizado en la carne, formando innumerables fístulas que, uniendo sus bordes, destruyendo los tabiques que la separaban, constituían lentamente una caverna profunda que dejaba descubiertas las venas que se entrecruzaban como delgadas víboras.

La condesa fué á llevarse una mano á la parte enferma en la que sentía extrañas sensaciones, como si surgieran del interior millares de hormigas que la devoraran.

El doctor le tomó cariñosamente la mano y le dijo:

—No irritéis el tumor; soportad los dolores con valor. ¿Os duele demasiado? Ya os recetaré algún calmante. Imagináos estar manca.

Y luego de ayudarla á sentarse en el lecho y de haber recetado, salió á la sala donde Gabriel y Aurora lo esperaban impacientes.

—¡Ah, doctor, qué largo nos ha parecido el tiempo! Decid, ¿abrigáis esperanzas de salvarla? ¿Estáis seguro de que es un cáncer?

—Amigo mío, quisiera deciros que no corre peligro, que la he de salvar; pero no quiero engañaros; es preciso que os vayáis acostumbrando; es necesario que sepáis que dudo salvarla. Sin embargo, he de luchar, he de cunsultar todos los textos de mi biblioteca, haré cuanto pueda; tal vez...... tal vez pueda conseguir su curación, aunque la enfermedad se encuentra muy avanzada; confiad en que haré todo lo que esté á mi alcance. No os desesperéis; al contrario, necesitáis permanecer sereno para ayudarme. Yo solo no puedo; necesito de vos. Vigiladla sin descanso. Sería fatal que irritara el cáncer; continuad con los baños, uno cada tres horas, á

la temperatura del cuerpo. Alimentos lijeros. Mucha antisepsia sobre todo... El seno debe permanecer descubierto. Si los dolores la agobian, le propinaréis una pequeña dosis de cloral. ¡Cuidado, mucho cuidado en la cantidad! ¡Está muy débil y sería perjudicial excederse! Mañana volveré.

Y se despidió el viejo discípulo de Galeno, entristecido, llevando en el alma un gran dolor.

Aurora y Gabriel permanecieron inmóviles, con las pupilas arrasadas de lágrimas, como petrificados, como heridos por un mismo rayo, sumidos en un éxtasis enervante, junto á la pared de la habitación en qne la mártir se lamentaba.

Alsina entró. La enferma respiraba difícilmente. En su rostro había impreso su huella el espanto. La conciencia de su estado, el conocimiento del mañana, daban á los músculos de la cara violentas contracciones que rompían con la harmonía habitual de sus líneas. Se hallaba aletargada. Las colchas del lecho la cubrían hasta mas arriba de la cintura, dejando descubiertos ambos senos que contrastaban visiblemente. El uno blanco, de una redondez suave, delicada; el otro lívido, flácido, destrozado por la grieta profunda......

El amado, al fijarse en el estrago del cáncer, al contemplar la carne deshecha, sintió que una enfermedad más terrible, un tumor mucho más doloroso que el de la mujer querida, roía sus entrañas con rabia inaudita. El sentía en lo más hondo de su ser, en lo más recóndito de su alma, una sensación desgarradora que parecía, al exteriorizar sus manifestaciones de una manera visible, como que relajara los músculos, como si separara con una hoja de acero las fibras nerviosas, cual si le desprendieran violentamente, valiéndose de fuertes pinzas, todos los ganglios. Sentía disecarse su cerebro como al influjo de una llama que lo envolviera, y todo su organismo, toda la red de sus nervios vibraba fuer-

temente sacudida por el dolor supremo que lo embargaba.

Allí estaba ella, en el lecho, cual una virgen inmolada sobre el ara por el fanatismo de algún sacerdote inconsciente, por la inplacabilidad de esa fuerza irresistible y ciega llamada el Destino.

Allí estaba ella, la musa del poeta, decadente en su belleza de flor marchita, dolorosamente resignada.

Allí estaba ella, vencida por el dolor inmenso, sin nombre, amedrentada ante la pálida muerte que la había de separar del amado para siempre.

Sus ojos tenían el brillo mortecino de las aguas estancadas, el fulgor de los cirios, la melancólica dulzura de las miradas de las aves moribundas en el nido......

De vez en vez, lanzaba ténues quejidos, exhalaciones de su alma herida, suspiros de su espíritu en naufragio.

Alsina no apartaba la vista del seno desgarrado.

Todas sus energías convergían á un solo punto. Un pensamiento único: el de salvarla, el de rescatarla de los brazos de la liberatriz lo obsesionaba.

Y desengañado de lo extrahumano, sin fe en la divinidad impasible, creía entonces, no en un milagro como el de Lázaro, sino en un triunfo de la ciencia, en una victoria positiva de Galeno sobre Jesús.

Si Dios era impotente, si Dios no podía nada, la ciencia lucharía aún con esfuerzos desesperados.

PASABAN los días tediosos llenos de inquietudes, de temores que se agigantaban con el tiempo.

Dos meses hacía ya que la condesa no salía de sus habitaciones, dos meses en los que apenas se había levantado del lecho.

La enfermedad terrible avanzaba en su obra de destrucción, en su labor exterminadora.

La grieta se profundizaba cada vez más, dejando al descubierto las venillas azules que se veían palpitar...... La carne se deshacía rápidamente, con una prontitud espantable, como si sobre ella se hubiera vertido algún líquido corrosivo, alguna substancia infernal.

El amado pasaba las horas de la noche en constante vigilia, atento siempre, en acecho, cual si esperara de un momento á otro el desenlace. Su razón, fuertemente sacudida por tan rudas conmociones, comenzaba á vacilar, á sufrir extravíos, á vislumbrar figuras irreales en las brumas de la demencia.

En ocasiones soñaba paisajes desolados, acuarelas de sepia, donde árboles raquíticos y desprovistos de verdura elevaban sus ramas retorcidas en el espacio, como brazos renegridos de fantásticos enemigos que lo amenazaban.

Otras veces, viendo el cuerpo inmóvil de la amada bajo las blancas sábanas, forjaba su fantasía un cuadro melancólico, sombrío, de tonalidades extra-

ñas. Veía entónces sobre un lago revuelto y alumbrado por la luna llorosa, el cadáver de un cisne, de un cisne que bogaba sin rumbo, empujado por la corriente, como una góndola abandonada, como el alma errática de un bardo suicida.

El pensaba en la separación, pensaba en la ausencia, en el desenvolvimiento de los acontecimientos, en la partida...... en el último adiós......

Y todos sus dolores de otros días, todas las amarguras del pasado resurgían en su mente, acudían á su memoria, como en ronda espectral, como los esqueletos descarnados de una raza antigua, lejana, que se alzara de la fosa.

Evocando los primeros días de su amor pronto á desaparecer con la muerte del sér que lo inspiraba; recordando los primeros besos, las caricias primeras, se le antojaba que todo había sido un sueño que comenzaba á desvanecerse lentamente, volviéndolo á la vida ruda, á las luchas estériles, infructuosas......

El médico había quitado á Gabriel Alsina toda esperanza de salvar á la amada. La enfermedad había avanzado notablemente como si tuviera empeño en acabar de una vez. Los continuados dolores en la parte afectada hicieron que el facultativo aconsejara al poeta la aplicación de la morfina para soliviarla, para adormecerla, evitándole así los sufrimientos horribles que experimentaba; dolores acerbos que la hacían pensar en núcleos de arácnidos que caminaran sobre la carne deshecha......

Gabriel veía correr los días, veloces, tristísimos, y pensaba que cada hora que pasaba lo alejaba de ella, que caminando hacia el misterio, marchando á la muerte, se llevaba su alma de bardo atormentado, de psicólogo sutil, que estudiaba los fenómenos fisiológicos de su propia entidad psíquica para sorprender los secretos no relevados, para practicar en

la carne viva del espíritu que se hallaha en la plancha, para disecarlo sin piedad.

Su libro, que acababa de entrar en prensa, vería tal vez la luz el día en que la amada se dirigiera á otros climas, á las playas distantes y brumosas del no ser.

Tal vez ella no podría contemplar el volumen elegante que lucía una portada pre-rafaélita, trazada por su diestra un año hacía, cuando aún era feliz, cuando se encontraba en la aurora de su amor.

Quizás no podría leer la amada la simbólica dedicatoria que al principio había colocado el autor, y cuyas palabras harmoniosas, precisas, eran las notas de un himno que él entonaba en su loor, en agradecimiento á sus bondades, en compensación á sus ósculos, bajo cuya impresión había él escrito los capítulos de su obra.

Raúl Díaz, recientemente graduado de doctor en medicina, había puesto especial empeño en aliviar á la enferma, que sólo tenía fe en las medicinas por él recetadas. Con cariño fraternal, con esmerada solicitud, preparaba las fórmulas que le habían de ser administradas y pasaba largas horas estudiando la enfermedad terrible, como si la paciente fuera su hermana.

Y Alsina sabía agradecer aquellas atenciones de su amigo, y se sentía ligado á él de un modo íntimo por los lazos de una gratitud sin límites que se empeñaba en expresarle de todos modos.

Era que Raúl sufría al ver el estrago que en su hermano de luchas causaba el estado de la condesa, que rapidamente, como impulsada por una fuerza brutal, marchaba á la muerte. Conocía demasiado la enfermedad para forjarse ilusiones, para creer que pudiera detener el proceso que no podía dejar de tener un desenlace fatal; pero quería al menos, ya que era imposible arrancarla de los brazos de la Implacable, ya que era estéril toda lucha contra el

Destino, anhelaba siquiera aminorar sus dolores físicos en los últimos días que le restaban.

Leonor languidecía como un lirio que se marchita iluminado por las luces de un crepúsculo otoñal. El brillo de sus ojos se había extinguido, su voz sinfónica anteriormente, vibraba ahora de distinta manera, como una lira de cuerdas destempladas.

Y mientras que su sangre se iba descomponiendo; mientras que el cáncer se agrandaba destrozando los tejidos, consumiéndolos; mientras mayores eran los sufrimientos de la carne, más grande era su resignación, más estóica su entereza, como si su espíritu se alimentara de la materia, como si su alma candorosa y triste encontrara un alivio en el martirio por que atravesaba, martirio que habría de purificarla como el fuego.

Mas al pensar en el amado que doloroso y sin consuelo peregrinaría por la tierra hostil llena la mente de visiones y nostalgias, sentía que su alma lloraba entristecida, rebelde á desprenderse de la materia, y llamaba á la vida fugitiva, á la existencia ingrata que se alejaba, que se alejaba sin escuchar su llanto, sin reparar en sus suplicantes frases, tiernas, humildes, llenas de dulzura.

Un secreto instinto, esa clarividencia de los que pronto han de morir, la hacía vislumbrar su fin cercano. Ella sentía como un desprendimiento paulatino que se operaba en su ser, la separación de las dos fuerzas que integran la vida: el alma y el cuerpo. Sentíase suspender, como un fluído, como un éter, como la exhalación de una rosa que se muere. Y se veía á sí misma como si se hubiera escapado de la envoltura física, cual si su espíritu ya ído, contemplara la materia inerte, él ánfora que contuvo el licor, el arpa donde vibró el sonido misterioso.

Se palpaba y creía hallar dormida la carne, creía no encontrar en ella el calor de la vitalidad, el fuego

del alma, y sus ojos miraban á la materia muerta descomponerse, transformarse, disolverse los músculos, deshacerse los huesos que fecundarían á la madre tierra con su abono, en tanto su espíritu desligado de trabas, libre para el vuelo, se perdía en el aire, yendo á dar vida á alguna estrella que titilaba débilmente en la lejanía infinita, en el cielo límpido y azul.

Y soñaba que las fulguraciones del astro iluminaban la frente del amado, del amado sin consuelo, del amado que lloraba sin cesar......

~~~~~~~~~~
~~~~~~~~~~

ERA una tarde húmeda, lluviosa, triste...... El cielo cinéreo se extendía sobre la ciudad ensombreciéndola, y las gotas del agua, al golpear en los cristales, producían un ruído monótono y continuado que inclinaba á la melancolía.

A través de los empañados vidrios del balcón, veían la condesa y Alsina un grupo de golondrinas que sobre el alero de un edificio, escondían sus cabecitas bajo el abrigo de sus alas.

Ella se hallaba recostada sobre un sofá junto á las vidrieras del balcón, sosteniendo entre sus manos pálidas y frías una azucena que parecía tener alma, espíritu; una flor que simulaba tener vitalidad, conciencia de su existir, para la pobre moribunda, para la artista inconsolable que veía en la penumbra del cuarto el lienzo inconcluso.

La gran noche de la muerte se acercaba.

Los dos enamorados sentían cómo en el silencio aterrador, cómo en las negruras de la desolación suprema convergían sus pensamientos á un punto mismo.

Ellos creían que pensar en voz alta era profanar el último sueño de sus almas, que debían continuar silenciosas por la áspera ruta, comunicándose tan sólo por miradas intensamente expresivas, por miradas donde se tradujeran los pensamientos que jamás hubieran podido exteriorizar por medio de palabras.

Mientras sus labios permanecían mudos, sus ojos

ardientes y grandes brillaban con fulgores extraños como si sus pobres espíritus se comunicaran sus mutuos padecimientos en un lenguaje sin frases, sin sonidos.

Había en las miradas de ambos amantes, en la actitud de sus cuerpos inmóviles, en la expresión de sus rostros, una como tristeza de la carne, algo como cansancio de la vida.

Las sombras, condensándose, oscurecían poco á poco la habitación en la cual los objetos perdiendo los contornos lentamente, acababan por desaparecer bajo las negruras que, cada vez más profundas, hacían que aumentara la exantropía de las dos almas torturadas..

....

....

Cesó de lloviznar. Las nubes grises, impulsadas por fuertes brisas, cruzaban por el cielo como cuervos que huyeran ante los dardos de alguna Diana invisible que disparara el arco, poblando las alturas de flechas de plata que quedabau enclavadas en la bóveda celeste: las estrellas.

La calma lo envolvía todo como si una catástrofe cercana sobrecogiera de pavor á los moradores de la tierra que, arrodillados en las gradas de los templos, elevaran sus oraciones mentalmente hacia excelsas regiones no vistas sino en sueños.

Apenas si de vez en vez se escuchaba la vibración de alguna campana que sonaba en el silencio, como el final de una plegaria que repetían los demás bronces.

Poco á poco se hacía más azul la noche, de un azul transparente de paisaje veneciano.

Brillaban las estrellas en lo alto, y abajo, en la ciudad húmeda, se encendían las luces de los faroles de gas de los paseos y los focos eléctricos en los

edificios, como si innumerables luciérnagas hubieran descendido á aumentar la belleza de la noche, que abría sus párpados sonnolientos.

El silencio persistía. Sólo el vibrar melancólico de las campanas al dar las horas en las torres de las iglesias se oía alguna vez, cual si hubiera quedado en cada campanario el espíritu del torrero, que agitaba el badajo que golpeaba con dulzura las paredes broncíneas de las que volaban las rítmicas voces.

Un resplandor lunar penetrando por una ventana bañaba en su luz nacarina un fragmento de la habitación.

De las corolas de las rosas nocturnas empapadas en la lluvia y de los cálices de los blancos lirios languidescentes, se escapaban efluvios embriagantes que embalsamaban el ambiente.

Sobre las verdes hojas de esmeralda brillaban las gotas de agua, heridas por las luces de los luceros y de la luna, con radiaciones de piedras preciosas engastadas en hojas de laurel rosa por las ducales manos de algún orfebre bizantino. En algunas ocasionss caían las gotas del agua de las ramas, á impulsos de las ráfagas, formando al desprenderse y al atravesar el espacio, una constelación de diamantes vertidos desde el balcón de alguna Alhambra por una arábiga reina que se entretuviera en desprenderlos de su corona de bodas, para esparcirlos en todas direcciones.

En un piano sollozaban las notas lastimeras de una romanza, que parecía el canto de una pobre demente, que contemplara el brillo de la luna á través de la verja del manicomio.

Los amantes permanecían sentados frente á la vidriera del balcón, extasiados con la belleza del paisaje nocturno. De improviso, cuando expiraba en las sombras el último ritmo lastimero de la romanza, resonó en la estancia, más suave que una melodía

la voz dulce de la pálida enferma. Y vibraban sus frases musicales, despertando en el alma del poeta las antiguas historias, las gratas añoranzas de la rosada aurora de su amor, que ella evocaba esa noche cual si quisiera galvanizar el cadáver de su sueño; como si anhelara vivir por un instante en el pasado, en el que su alma sensible había sido bañada por una onda de ternura infinita......

Y afluían las palabras á sus labios con susurros de brisas en las frondas, con dulzuras de cánticos paganos......

—¿Recuerdas?—le decía.—La alameda se hallaba solitaria y yo pasé junto á tí, llevando en el rostro reflejada la huella candente que el destino había impreso en él. Tú parecías como abstraído en la contemplación de algún espejismo. De improviso se vieron nuestros ojos, hubo como una declaración mutua, algo como una confesión, y en mi alma sentí como un batir de alas. ¡Era el ave sagrada de la ilusión que ensayaba á volar hacia la cima no vista hasta entonces! ¡Ha durado una hora nuestra felicidad. ¡Sólo una hora! Yo moriré en breve, llevándome en el alma tu recuerdo y dejándote la memoria de mi amor! Ya siento que las fuerzas me abandonan, siento escaparse la vida de mi cuerpo, y en estos momentos últimos, en estas horas de dolor intenso, sólo pienso en tus heridas incurables que no podrán aliviar en lo adelante mis consuelos. Tú tienes una misión que cumplir sobre la tierra y no debes seguirme á la tumba cual me has dicho; tú debes seguir forjando sueños, rimando tus nostalgias en rimas maravillosas, confesando tus dolores en tus novelas, donde se alzará mi imagen que tú adoras. Hazme inmortal en tus páginas, como Stelio Effrena ha hecho perdurable la lírica figura de la Foscarina en la obra de D'Annunzio. Sea yo tu musa irreal, la que inspire tus cantos, la amada imposible y eterna. Ocultarte mis pensa-

mientos, no confesarte mis anhelos más íntimos en el ocaso de mi vida, sería cobarde, sería cruel, sería vil. Mañana es día de difuntos...... Quisiera colocar sobre *su* tumba las últimas flores. Prométeme que iremos, y que no sentirás celos, que no sufrirás. Dime que no has de ver en mi deseo, sino un acto de piedad en su manifestación más alta. Tú no has de negarme lo que te exijo; tú no creerás por ello que dejo de amarte. No; ahora que el tiempo vuela; ahora que veo cómo me aleja de tu lado la mano descarnada de la muerte; ahora me parece que te amo más, que soy más tuya, que eres más mío. Pero próxima á rendir la penosa jornada, cercana al final del doloroso peregrinaje, me acuerdo del pálido artista que me amó hasta el delirio, del que hizo vibrar mi espíritu y á quien he olvidado, á quien he dejado de amar por adorarte á tí...... Yo he sacrificado en el ara de nuestra pasión, el recuerdo más querido; yo he borrado mi vida anterior para pertenecerte por completo. Para ser toda tuya, para confundirme contigo he tenido el valor de afrontar las iras de esta sociedad canalla; he tenido la voluntad suprema de olvidarlo...... ¡Ah! porque yo he visto en tí no al amante sensual, al hombre-bestia, agradecido á la carne, sino el amado sensible y exquisito con el alma rebosante de piedad. ¿Sabes? A pesar de conocer tu abnegación, temblé de espanto al pensar que me abandonarías al convencerte de la cruel enfermedad que me hacía infeliz, casi repulsiva...... Pero desde que comprendiste mi estado, exageraste tus cuidados, afinaste tu sensibilidad mental para adivinar mis pensamientos y, desde entonces, gracias á tí, he gozado en el dolor de mi carne destrozada, lo que me ha permitido aquilatar tus grandes virtudes...... ¡Bendita enfermedad! No todos los hombres, por enamorados que se encuentren de una mujer, son lo suficientemente heroicos para amarla platónicamente durante su larga é irremediable enfermedad·

Tú, sin embargo, no te has apartado un día sólo de mi lecho; has sufrido horriblemente; ¡tú has llorado en silencio muchas noches para que yo no sorprendiera tu dolor! ¿Quién me ha amado como tú? ¿Qién ha comprendido mi espíritu como tú lo has comprendido? ¿Quién?...... ¡Y pensar que has de quedar abandonado sobre el árido desierto de la vida! ¡Pensar que volverán las noches solitarias y tristes para el extraño peregrino! ¡Saber que nuevamente sentirás el flagelo de la vida, sin hallar un bálsamo que calme el escozor de las heridas! Tú no debes llorar porque yo muera; tú no debes sentir que yo me vaya. Yo voy hacia el descanso, hacia la nada, y tú quedas aquí como un Prometeo sobre la roca negra, donde el buítre carnicero destroza sus entrañas lentamente. Más feliz que tú, descansaré en breve. Sólo por tí me entristece la muerte. Yo quisiera tener la convicción de que no has de sufrir, de que te resignarás al recordar que he entrado en las célicas regiones donde impera la Fe, y en donde la Esperanza se realiza. El recuerdo de estas noches, al evocarlo mañana, cuando ya no exista, hará que broten de tu lira arpegios dulcísimos que llegaran arrastrados por las brisas de la noche hasta mi fosa, donde crecerán los blancos lirios y las rosas de la primavera. ¡Y cuán grato no será para tí al revivir la historia de nuestro amor, recordar mi abnegación, al arrostrar las iras de la aristocracia canallesca y al evocar tus noches de vigilia pasadas junto á mí! Y entonces, viviendo por un instante la existencia muerta, sintiendo palpitar tu corazón al influjo de tantas emociones, descenderá sobre tu espíritu el bálsamo consolador de los dolores...... Y en tu vida monástica, en las negruras de tu noche triste, mirarás levantarse pausadamente del fondo del ayer, como surgiendo de las naves umbrosas del templo, aureolada por luces radiosas, mi silueta delgada, mi alma que á la tuya

buscará para en maridaje excelso ascender á la cumbre rémota del Ideal. Y si nuestros cuerpos separados permanecen, nuestros espíritus que han atravesado unidos los mares tormentosos sin que las borrascas hayan logrado separarlos, hermanados por siempre vivirán bajo la protección divina del Creador......

Cesó de hablar, pues la respiración le faltaba.

El amado que la había escuchado en silencio, sin haberse movido siquiera de su asiento, buscó sus labios fatigados que temblaban débilmente, y después de libar la miel de un beso, con voz ahogada por los sollozos que surgían de su pecho y mirándose en el fondo de sus grandes ojos que brillaban siniestramente como los de un chacal oculto en las malezas, le respondió:

—Sí, mañana iremos á visitar la tumba de Julio Alba. Cortaré las flores esta noche para hacer los ramilletes ¿Y creías tú que yo pudiera reprocharte la noble acción? ¿Creías tú ¡alma mía! que habría yo de sentir celos por ello? No. Tengo la convicción completa de que me amas, tanto como yo á tí. Sería inferirte un ultraje el pensar que no me amabas, el creer que comenzaba á molestarte mi pasión. Nunca me has engañado. Jamás me has ocultado tus pensamientos, tus deseos. Has tenido siempre el heroico valor de ser sincera, la gran virtud de no mentir. Es preciso que te recojas, estás débil. Tu frente está muy fría. Necesitas dormir, para que mañana tengas fuerzas suficientes para ir al cementerio. Iremos en el coche. Al medio día. ¡Vamos, acuéstate!

Y momentos después, cuando la amada dormía profundamente, cuando vibraban en la calma de la noche las melancólicas voces de las campanas, Gabriel Alsina, dolorosamente impresionado por las palabras de la condesa y apoyada la cabeza en ambas manos, sentía que á sus pupilas afluía el llanto,

mientras por su cerebro cruzaba una visión trágica.

Y con paso tardo, como quien camina sobre escombros, atravesó la alcoba pálidamente alumbrada; cruzó el corredor y descendió por la escalera hasta el jardín que parecía encantado al ser bañado por las luces argentinas de la luna; y una vez en él, comenzó á despojar á las plantas de sus flores.

Y llegó de nuevo á la habitación de la amada.

Y luego de haberlas colocado en el balcón, apagó la luz y se sumergió en las sombras de sus tristes pensamientos, como un buho que vuela al encuentro de la noche......

ERA un día nublado.

Los pinos, impulsados por ligeras brisas, inclinábanse mientras en sus largas ramas tañía el aire canciones lastimeras......

El silencio imperaba en la necrópolis sombría, donde los marmóreos monumentos de todos los estilos resaltaban en la eucarística blancura de sus piedras sobre el fondo opaco del cielo sin luz.

Y parecían los ángeles y las blancas vírgenes que velaban el sueño de los allí dormidos, en la magestad de sus aposturas, en la actitud de sus cuerpos inmóviles, en la rigidez de sus líneas, pálidos séres sin almas. querubes petrificados por la negra voluntad de algún demonio.

Había estatuas truncas sobre fosas abandonadas en las que crecían los jaramagos, y enredor de las que revoloteaban los pájaros en busca de insectos qne llevar al nido cercano, donde los pichones aguardaban impacientes.

La condesa y Gabriel caminaban, apoyada ésta en el brazo del poeta.

Lentamente, como dos convalecientes, caminaban por las calles de cipreses, mirando los marmóreos monumentos, destruídos muchos ya, intactos ótros.

Se elevaban las agudas agujas de los obeliscos de jaspe y de granito, de basalto y de mármol, como mudas plegarias, como expresiones calladas de piedad.

A poca distancia de los amantes, á algunos pasos detrás de ellos, avanzaban unos hombres del pueblo, jadeantes, mal vestidos, conduciendo en hombros una tosca urna de pino, desprovista de adornos y de flores.

En la capilla central del cementerio, vibraba la campana dulcemente, y la dulzura triste de sus notas vagaba en el espacio, como el preludio de una música sacra, como el *ritornello* místico de una oración cristiana.

Gabriel y la condesa se hicieron á un lado para dejar pasar el fúnebre cortejo, en el cual se destacaba un niño que lloraba......

Pasó la dolorosa comitiva dejando una espesa capa de polvo que levantaran los piés al golpear fuertemente la tierra, y se perdió en la verde espesura, mientras nuevas campanadas anunciaban la llegada de otros cadáveres á la mansión del eterno descanso.

La condesa y Alsina, de pie ante la tumba de Julio Alba, evocaban la memoria del pintor caído, del pálido soñador que allí dormía.

Y absortos en sus pensamientos, alejados de la realidad, creían ver la quijotesca silueta del artista, alzándose del sepulcro al conjuro de sus palabras llenas de ternura.

La amada se debilitaba. Sus fuerzas, agotadas en la penosa marcha, se resentían por momentos. Tuvo que sentarse sobre la hierba, al borde de la fosa amada, la que venía á ver por vez postrera.

Y allí, angustiada, elevó férvidas oraciones por el completo reposo del espíritu del ausente y tradujo la intensa tristeza que la invadía en lágrimas, las que después de temblar en sus negras y largas pestañas, caían como un rocío matinal sobre la tierra endurecida bajo la que yacían los huesos queridos. Sobre ella caían los pétalos amarillentos de las flores

deshojadas por las brisas, que arrancaban agudos lamentos á las ramas de los pinos.

Y las blancas estatuas de mármol que poblaban el extenso cementerio, parecían sufrir con el mismo sufrimiento de la dama enferma.

El silencio, sólo interrumpido alguna vez por la voz de la campana ó por los silbidos de las ráfagas, pesaba sobre las dos almas como una losa.

Sobre la cúpula de la capilla se alzaba la silueta de un ángel de alas inmensas, que extendía sus brazos sobre aquel campo de la muerte.

Las primeras y cálidas gotas de la lluvia, comenzaban á caer, formando pequeños orificios en la tierra y haciendo brillar con metálicos reflejos las marmóreas figuras de los túmulos y los cristales de los nichos.

El amado dijo á Leonor que parecía no sentir sobre el rostro la impresión del agua:

—¡Vamos! ¿No sientes la lluvia?

—Sí, vamos. ¡Muy pronto volveré!

Antes de levantarse de la hierba, dió un beso prolongado sobre la cruz de mármol, colocando en la fosa rosas recogidas en el trayecto por sus manos pías y flores cortadas por Alsina en el jardín.

Y ya en el extremo de la calle de tumbas, próxima á penetrar en la vía central que conducía á la salida del campo santo, dirigió una última mirada al sepulcro del amado.

Y ya en el interior del coche que á la puerta los había esperado, sintió una dulzura no experimentada hacía mucho tiempo, al sentir que sus lágrimas eran enjugadas por los labios de Alsina, heredero legítimo del muerto, el único capaz de hacer vibrar el cordaje de sus nervios, el único que había comprendido sus nostalgias en las negras horas de su vida, al cruzar ella por el mundo como la pálida visión de un sueño, como el espíritu puro de una virgen fenecida sobre el ara del dolor......

Cuando el vehículo iba á partir, se acercó á la portezuela un viejo escuálido, apoyado en una muleta, pidiendo con voz humilde una limosna.

El fué á llevarse la mano al bolsillo para remediar la situación del inválido que ostentaba en el sombrero una banda tricolor que, en caractéres dorados, tenía escrita esta frase gloriosa: *Prócer de la Independencia;* pero la amada, rápida como el pensamiento, le ofrecía una media luna de oro constelada de brillantes que se había desprendido de la cinta del cuello.

El pobre hombre vaciló en tomarla; mas la condesa le instó para que la aceptara. Al fin la tomó, trémulo de dicha, y elevando los ojos al cielo sombrío, dió las gracias en nombre de Dios al alma piadosa, á la dama doliente que gozaba de un modo inexplicable procediendo así.

El coche partió. Por el cristal de la ventanilla veía ella. á lo lejos, envuelta en el polvo del camino, la silueta inmóvil del anciano que, arrodillado en la tierra, se esfumaba vagamente como el personaje de un cuadro impresionista.

Y los pinos inclinábanse á lo lejos como las cimeras grises de gigantescos guerreros escapados de un capítulo de la Titanomaquía......

Y el ángel de piedra de la cúpula de la capilla central, extendía sus blancos y desnudos brazos como queriendo retener entre sus manos á la condesa que se alejaba en el coche, que rápidamente corría por la carretera polvorienta.....................................

....

....

Ya en el lecho, exaltada por el delirio de la fiebre, creyó oir las melancólicas voces de las campanas que, tocando á muerto, despertaban en su alma la historia dolorosa del pasado, y creyó ver sobre el

camino, arrodillado en tierra, al inválido que lloraba de placer.

Cuando despertó á la mañana siguiente, encontró en el velador una carta cerrada.

El amado se había levantado muy de mañana para asistir á un duelo entre Raúl Díaz y un periodista de la localidad.

A pesar de ser las once no había vuelto.

Leonor rasgó el sobre y devoró la corta y lacónica esquela que la hizo exhalar un débil grito.

Decía:

"*Monte Carlo, Junio 10.*

Queridísima Leo:

Para fines del entrante, podré estrecharte entre mis brazos. Te besa en tanto amorosamente,

Tu fidelísimo

PAOLO."

Al terminar la lectura de aquella carta, se sintió desfallecer, como si toda la sangre hubiera afluído al cerebro, como si una conmoción en la cabeza la hubiera hecho perder la razón, y cayó sobre la cama, experimentando una sensación dolorosa, extraña, cual si el relajamiento súbito de los músculos hubiera suprimido en ella todos los signos visibles de la vitalidad.

Largo tiempo permaneció bajo la acción extraña de aquel síncope singular que á pesar de tenerla sumida en una inacción completa, á pesar de no permitirle articular una palabra, la hacía consciente de cuanto le acontecía, como si una parálisis de la voluntad la hubiera atacado, dejando intacto, empero, el funcionalismo del cerebro.

En el largo espejo colocado frente á su cama,

veíase ella reflejada, inmóvil, caída la cabeza á un lado de la almohada, los brazos extendidos á ambos lados del cuerpo, los ojos muy abiertos y en los labios escuálidos un leve temblor continuo que se comunicaba por intervalos á los nervios faciales......

Poco á poco sentía correr la sangre, latir con más rapidez el corazón y experimentaba la dulce languidez del que despierta después de un prolongado y grato sueño.

Todas las manifestaciones de la vida que de ella se habían alejado por segundos, volvían, cual si no quisieran separarse de aquel pobre cuerpo impóluto, de aquel cuerpo griego de mártir, que había soportado los más horribles tormentos, los dolores más atroces, sin que de sus labios saliera una blasfemia, siquiera una leve protesta, contra el Destino que la aniquilaba paulatinamente para hacer más terrible su viacrucis.

Su rostro se había perfilado, sus manos largas de por sí, eran ahora unas manos irreales, unas manos más delgadas y más blancas que los lirios, unas manos sólo hechas para cerrar las heridas incurables que producen los dardos de la vida en las almas dolientes, en las almas tristes de los soñadores atormentados.

Y en la lucidez terrible, vió el cuadro pavoroso, vió el trágico fin á que el Destino la condenaba, sin dejarle siquiera el consuelo de morir dulcemente, mirando en el último momento de vida las pupilas del amado, fijamente clavadas en las suyas, que, poco á poco, irían perdiendo la luz, tornándose vidriosas, hasta quedar cerradas para siempre en la negra noche de la muerte, impenetrable y sombría......

Y en su delirio, miraba cómo extendía los brazos hacia ella, su marido, la representación más exacta de la vileza, el símbolo más real del vicio.

Y ella moriría inconsolable, viendo en el último

momento de vida, en lugar de las dulces pupilas del amado, las pupilas redondas é inexpresivas del conde que llegaba á impedir que fuera feliz en el instante postrero, cuando se sumergía eu la negra noche de la muerte, en la noche hosca, impenetrable y sombría......

Y un rayo de luz iluminó su rostro cadavérico al divisar en el estante de las drogas, en un ángulo de la alcoba, un frasco azul, rotulado con un papel que, bajo una calavera sostenida por dos tibias, tenía escrita en gruesos caracteres la palabra veneno.

Ella había ofrendado su cuerpo al amado en una tarde de amor. ¿Era acaso sacrificio acelerar su muerte, si con ello le ahorraba el dolor inmenso de perderla en vida?

La última mirada de sus ojos sería para él.

El sería el último que besaría su frente aureolada por la corona del martirio......

Un rayo pálido de sol caía de lleno sobre el rostro marfilino de la muerta.

De pie junto al cadáver y pálido como él, permanecía Gabriel Alsina, extático, petrificado por el dolor infinito de ver sin luz aquellos negros ojos, y sentir sin calor aquella blanca frente llena de sueños, en la que los rizos jugaban, movidos por la suave brisa que penetraba por el balcón.

Cuando volvía del duelo, con el alma lacerada por la muerte del único amigo, que había sido atravesado por el plomo que destrozara su cabeza; cuando aún escuchaba las últimas palabras del moribundo, que entornaba las pupilas en el supremo dolor de la muerte; cuando aún la imagen sangrienta del vencido heroico flotaba ante su vista, tinta en sangre, al subir las escaleras para ver á la amada, á quien hacía muchas horas no veía, oyó de improviso, de labios de una criada, la noticia terrible, la nueva infausta y desgarradora que á él pareció imposible, como si aquella mujer fuera inmortal, como si tuviera la convicción de que un genio protegía su vida......

Para Gabriel Alsina, ella era sagrada, algo divino que no podía morir...... Sería un síncope, quizá un desmayo......

Y cuando penetró en la alcoba y la vió rígida sobre el lecho, contraídos los músculos de la faz en el espasmo de la muerte; al ver vidriosas las pupi-

las gigantes, ya sin luz, lanzó un grito horrible, un grito más de cólera que de dolor y se lanzó sobre el cadáver con la velocidad de un tigre rampante sobre la tímida gacela......

Y quiso levantarla; pero al notar la pesantez extrema del cuerpo frío, profirió una blasfemia, y loco, comenzó á pasearse por el cuarto, monologando, cruzados los brazos sobre el pecho, y riendo á intervalos, deteniéndose á cada paso, para mirar el lecho donde rígida como una Astarté fenicia estaba la pálida muerta del rostro de marfil......

Cansado al fin, extenuado, se dejó caer en un sillón, sintiendo como un desplome sobre su cabeza aturdida, volviendo en sí del paroxismo, despertando de su inconsciencia al conjuro de la dulce voz de Aurora Fuentes.

Comprendió de una ojeada su situación y juntó sus labios con los labios lívidos de la condesa, y permaneció así, ligado á ella, que ya no lo sentía, hasta que la amiga lo arrancó de allí, murmurando en sus oídos, donde aún vibraba el eco de la voz amada, palabras consolatrices, frases sublimes de piedad. Y mientras Aurora Fuentes colocaba en los ángulos del lecho cuatro blancos cirios, dejaba errar su pensamiento que corría al ayer, y se engolfaba viviendo la dulce vida dc la primavera de su amor ya muerto.

Allí estaba ella dormida para siempre, inmoble, rígida como una estatua de granito, fría, con la gelidez de un bloc de hielo, inconsciente, con la inconsciencia pavorosa de la muerte.

¿Y no despertará acaso? ¿No podrá ella alzarse victoriosa rompiendo las ligaduras que la sujetan? ¿No podrá, por efecto de un milagro, volver la sangre á circular por sus venas?

El hacía todas estas preguntas á Aurora Fuentes, la niña desgraciada como él, que ignoraba la muerte de su amado, que en esa mañana había caído

sobre el terreno del honor, viendo pasar ante él la silueta fantástica de su prima, á quien debía conducir en breve á las gradas del altar.

Y Alsina olvidó un instante su dolor acerbo para pensar en su pobre amiga que trataba en vano de consolarlo, ignorando la fatal desgracia que sobre ella se cernía con vuelo de ave fatídica.

Aurora Fuentes, auxiliada por las sirvientes de la casa, amortajó á la condesa y convirtió la estancia en que ésta había pasado los últimos días de su existencia, en cámara mortuoria.

Dos horas después y acostada en reluciente féretro de ébano, reposaba el cuerpo inerte, cuyo rostro marfilino bañaba un rayo de sol con su luz pálida...

Flameaban los cirios. Las rosas y los lirios esparcían sus perfumes y en el ambiente vagaban las espirales opalinas de los ciriales que iluminaban débilmente aquel cuadro de desolación suprema.

El amado no se había separado un solo instante de la muerta; allí había permanecido desde que fué colocada en la urna brillante donde se reflejaban las llamas de las luces; fijos sus ojos húmedos de llanto en los ojos entornados de la pálida criatura, de la heroína sublime, abnegada que, por evitar dolorosas emociones al sér querido, se hundió en la negra noche de la muerte, en la noche hosca, impenetrable y sombría.

A ratos, cuando las personas amigas abandonaban el salón fúnebre, él, á solas con el cadáver, se inclinaba sobre la faz demudada y le hablaba al oído, como si pudiera escuchar las frases que él pronunciaba en voz muy baja como para no asustarla.

Y veía con terror cómo las manecillas del reloj recorrían rápidamente la esfera, y cada campanada que partía de la caja de cedro vibraba en lo más íntimo de su ser, en lo más profundo de su alma.

El crepúsculo tiñó el cielo. El sol pálido dejó de brillar sobre la faz marfilina de la muerta y las

luces melancólicas de los cirios parpadeando en las sombras, en lucha con las tinieblas cada vez más densas, esparcían sus trémulos resplandores sobre la silueta del amado que, inmóvil permanecía junto al reluciente féretro de ébano.

En un ángulo de la alcoba, oculto el rostro entre las manos, sollozaba Aurora Fuentes, conocedora ya del triste fin de su primo á quien habían depositado en el Necrocomio para practicarle la autopsia...

Y aquellos dos vencidos, aquellas dos almas igualmente condenadas por la fatalidad, llorando ambas por una misma causa, sobre los yertos despojos de dos séres amados, se complacían en abismarse en el negro mar de sus tristezas sin nombre......

Gabriel, recordando lo piadosa que había sido horas antes al deslizar en sus oídos frases consolatrices, fué hacia ella queriendo mitigar los dolores atroces de la pobre niña, que veía morir al gallardo doncel de sus sueños en las vísperas de ser embriagada por sus besos......

Pero nada logró. Las lágrimas bañaban el rostro enrojecido de Aurora, que quedaba sobre la tierra, sola, desamparada, como una hoja marchita que á voluntad del huracán revuela por el espacio inmenso.

Y así le dijo, cuando el llanto le permitió contestar al amigo:

—Un mismo venablo y en un mismo día ha destrozado nuestros corazones. Vos tenéis el cousuelo de haber visto realizados vuestros sueños; yo, no; yo quedo sin que en mi memoria vague la impresión de un ósculo...... Muero sin haber vivido. Vos, no. Moriréis después de haber libado en la copa del placer la última gota...... Yo agonizo al entrar en la aurora de la vida, en la primavera del amor...... El mundo se olvidará de mí, como yo de él. Entraré en un convento para abismarme en mi dolor.

Mi alma exhalará el último resto de su perfume en el cenobio triste, en la soledad de una celda..........

....

....

La noche había llegado.

El pálido rostro de la muerta irradiaba una claridad blonda, como si un halo la circundara. En sus labios entreabiertos parecía vibrar una palabra, y en su frente donde los rizos jugaban movidos por la nocturna brisa, había la eucarística blancura de una hostia, la palidez ambarina de una tela antigua......

El silencio se hacía cada vez más lúgubre.

Sólo se escuchaban los sollozos de Aurora Fuentes y las voces de los concurrentes que entraban un instante en la sala mortuoria para ver por última vez el rostro de alabastro.

Hacia la madrugada, la casa quedó en calma.

Aurora, rendida por la fatiga, se quedó dormida abrazada á una compañera de colegio, que había venido á consolarla.

En los vidrios de la alcoba brillaban las luces primeras del alba que nacía, mientras los blancos ciriales esparcían por el ambiente un vago olor á cera derretida......

Y el reloj implacable movía con rapidez vertiginosa sus manecillas doradas. Y cada campanada que surgía del fondo de la caja de cedro, vibraba dolorosamente en lo más profundo del alma de Gabriel Alsina que de pie, ante el cuerpo inerte había permanecido toda la noche, sumido en el océano turbulento de sus dolores......

Las alas de la nariz de la muerta parecían palpitar como en los días en que violentas pasiones habían sacudido su organismo, y por la inmovilidad

de su cuerpo, simulaba dormir un dulce sueño del que pronto despertaría......

Las sombras de sus pestañas aumentaban el tamaño de sus ojeras violáceas que circundaban sus ojos......

Entre sus manos colocadas sobre el pecho sostenía un manojo de lirios que se movían lentamente, lentamente......

En el fondo de la habitación, colgada de la pared, se veía el lienzo donde Julio Alba había copiado con mano feliz, en una mañana de abril, su faz de Quijote.

En su boca vagaba una amarga y desdeñosa sonrisa, una sonrisa epicúrea, extrañamente sensual, dolorosamente sujestiva......

Y aquella faz pintada sobre el fondo negro del lienzo, tenía algo de macabro, algo inexplicable que hacía amar la muerte, la muerte que brillaba tras las pupilas entornadas de la sagrada durmiente......

Gabriel Alsina, impresionado por la mirada extraña del cuadro, exaltada su imaginación, creyó descubrir en aquella sonrisa dolorosa y sensual una manifestación de lujuria satisfecha.

Y los horribles celos, los que empañaron con su aliento el cielo de sus amores, aparecieron de improviso, como en cabalgata infernal, invencible......

Y vió una escena horrible.

Vió cómo la pálida cabeza abandonaba el marco de cañuelas doradas y llegaba hasta el féretro, pausada, riente, y besaba la boca exangüe de la muerta, cuyas mejillas se coloreaban, cual si el rubor las tiñera de carmín......

Hasta la alcoba llegaba el ruído que producían los coches en la calle.

Poco á poco la casa se llenó de gente.

La hora de partir había llegado.

Del fondo de la caja de cedro partieron nueve

vibraciones, como nueve cuervos negros del fondo de una cueva...

....

....

Y conducido en hombros, descendió por la marmórea escalinata, en su féretro de ébano reluciente, el cadáver de la triste soñadora, de la virgen pálida, de la gran insatisfecha......

Por la vía populosa marchaba á pasos lentos el coche fúnebre, cubierto de coronas, en cuyo interior iban los despojos gélidos de la suicida heroica, de la mujer fuerte, que se había hundido en las densas sombras del no ser para soliviar de sus dolores al bien amado......

En uno de los carruajes iba él, pensando en el misterio impenetrable, queriendo escudriñar con sus pupilas las sombras del caos que abría sus fauces para devorarla.

Y lejos veía la portada arcáica del cementerio; veía los pinos glaucos inclinarse á impulso de la brisa......

Y según se iba acercando al viejo campo santo, sentíase inundado por una onda misteriosamente triste que lo hacía pensar en paisajes de nieve, bañados por los reflejos de una luna muy blanca...... Tal como una reproducción de la estepa silente se alzaba en su cerebro......

La campana vibraba triste......

Y el féretro descendía lentamente á las entrañas de la tierra, mientras sobre él caían flores muy blancas en copiosa lluvia, como lágrimas de la Naturaleza que sufría...... y luego...... luego el sonido seco de la arena cayendo sobre la madera de la urna que desaparecía rápidamente......

Todos se fueron; pero él quedó allí, solo, junto á

la fosa que acababa de cerrarse; hebetado, sin conciencia, sintiendo una angustia horrible que le oprimía el pecho.

Y al separarse de la sepultura, experimentó un sacudimiento, y vió alejarse, envuelta en espirales de humo, la blanca silueta de la amada que se iba de la vida como un ave peregrina, como una visión, como un sueño que muere, como una melodía que languidece......

Y quiso llorar; pero la fuente había quedado seca en un momento.

El dolor de un segundo había sido superior al dolor trágico de toda su existencia de atormentado.

Sobre sí, sintió la garra de la muerte que lo aprisionaba......

Y partió, viendo cómo los pinos glaucos se inclinaban, oyendo cuál los bronces vibraban melancólicos, como en la tarde triste que no había de volver......

Y cayó sobre el lecho de su cuarto, rendido por la pena, embriagado por el dolor ilimitado, que tenía el poder de marearlo cual si fuera un perfume penetrante ó un licor fuerte......

¡El dolor de un segundo, había sido superior al dolor trágico de toda su existencia de atormentado!

Cuando despertó Gabriel Alsina, era de noche; una noche negra, sin estrellas; una noche gemela de su alma, de su alma nocturna y desolada!...

Sobre su mesa de trabajo estaba el retrato de ella; un bouquet marchito que le había dado hacía mucho tiempo, á la salida del hipódromo; uno de sus guantes; un pañuelo de seda azul y un abanico.

Todos aquellos objetos, que habían pertenecido á la mujer amada, hablábanle al poeta del amor lejano, del amor extinto, de los dulces besos...

Hizo de todos un paquete, junto con las cuartillas de su novela y algunos otros papeles manuscritos...

Apagó la lámpara que ardía, y después de salir dió una vuelta de llave á la puerta que no abriría jamás...

Salió á la calle...

El aire golpeó su cara encendida.

Quiso rememorar algo; trató, en vano, de reconstruir la dolorosa escena; ver, una vez más, el rostro marfilino que bañó con su luz blonda un rayo solar...

Vagamente recordaba que ella había muerto.

Apenas si se daba cuenta de su desgracia.

Creyó soñar......

Y mientras caminaba por la acera de la calle, envuelto en las sombras, deliraba; y en su delirio

la llamaba con voz débil, le rogaba lloroso y afligido......

Junto á él pasó un ómnibus vacío.

El ruído lo sustrajo de sus meditaciones.

Hizo una señal al auriga para que se detuviera.

Penetró en la diligencia y se dejó caer sobre los cojines.

......El vehículo corría arrastrado por los caballos que sentían en sus pobres carnes el látigo cruel que caía implacable dejando surcos sangrientos.

¿A dónde iba Alsina?

El mismo lo ignoraba.

El cochero cantaba una copla, cuyos ecos se perdían en el espacio, vibrando á lo lejos, muy tristes, muy lentos, muy suaves...

Y de vez en vez, se escuchaba el ladrar de un perro amedrentado por el ruído asordador...

Las luces de la ciudad brillaban á lo lejos como luciérnagas sobre una fronda...

Poco á poco el silencio se hacía lúgubre.

El vehículo había penetrado en el campo del que partían efluvios de flores empapadas en el rocío de la noche...

Los gallos cantaban en la sombra.

La diligencia cruzó cerca de la necrópolis que brillaba en la blancura de sus monumentos como una rosa blanca sobre el paño negro de un catafalco...

Y cuando el ómnibus se alejaba del cementerio, donde el ángel inconmensurable de piedra, sobre la cúpula de la capilla central extendía sus brazos, Gabriel Alsina, sacando una mano fuera de la ventanilla, agitó su pañuelo en los aires para dar su último adiós, adiós melancólico y eterno á la bien amada que dormía bajo un montón de tierra en aquel viejo cementerio donde los pinos se quejaban...

Y se perdió la diligencia tras un recodo del

camino, y aún palpitaba en el aire, como las blancas alas de una paloma mística, el pañuelo con que Alsina decía adiós para siempre á la bien amada que dormía bajo un montón de tierra en la necrópolis que brillaba en la negra noche como una blanca rosa sobre el paño de un féretro...

Un gallo cantó, rompiendo el silencio de la noche...

Y, por última vez, vió el pálido peregrino, al ascender el vehículo á una colina, la figura del ángel inconmensurable de piedra...

La diligencia descendió á la llanura, devorando el camino en su carrera.

El vencedor de la Asamblea y de la tribuna pública, era el vencido del amor...

La noche era en su alma...

Væ Soli!..

FIN

En Puerto Príncipe, Diciembre de 1903.
En la Habana, Marzo de 1904.

ENMIENDAS

				Donde dice:	Debe decir:
Página	6—	Línea	23—	subjestivismo	subjetivismo
"	23—	"	24—	Caconte. . . .	Caronte
"	56—	"	5—	en donde. . .	en que
"	62—	"	13—	á caso.	acaso
"	68—	"	17—	cariños	cariñosos
"	80—	"	5—	lo	la
"	82—	"	16—	cubrió.	subió
"	83—	"	24—	eras.	eres
"	104—	"	38—	relevados. . .	revelados
"	105—	"	2—	disecarlo . . .	disecarla
"	113—	"	25—	el	al

Obras de J. Guerra Núñez

EN PRENSA

En Flor (versos), en colaboración con J. M. Guerra Núñez.

ESCRITAS

Miserere (novela).

Perfiles.—(Siluetas de artistas.)

El Perfume de un Alma.—(Notas íntimas de un escultor.)

Los Peregrinos del Amor (drama).

EN PREPARACION

La Egloga (novela).

El Sueño de una Mañana de Primavera (drama de Gabriel D'Annunzio, traducido del italiano).



Obras de J. Guerra Núñez

EN PRENSA

En flor (versos), en colaboración con J. M. Guerra Núñez.

ESCRITAS

Miserere (novela).

Perfiles.—(Siluetas de artistas.)

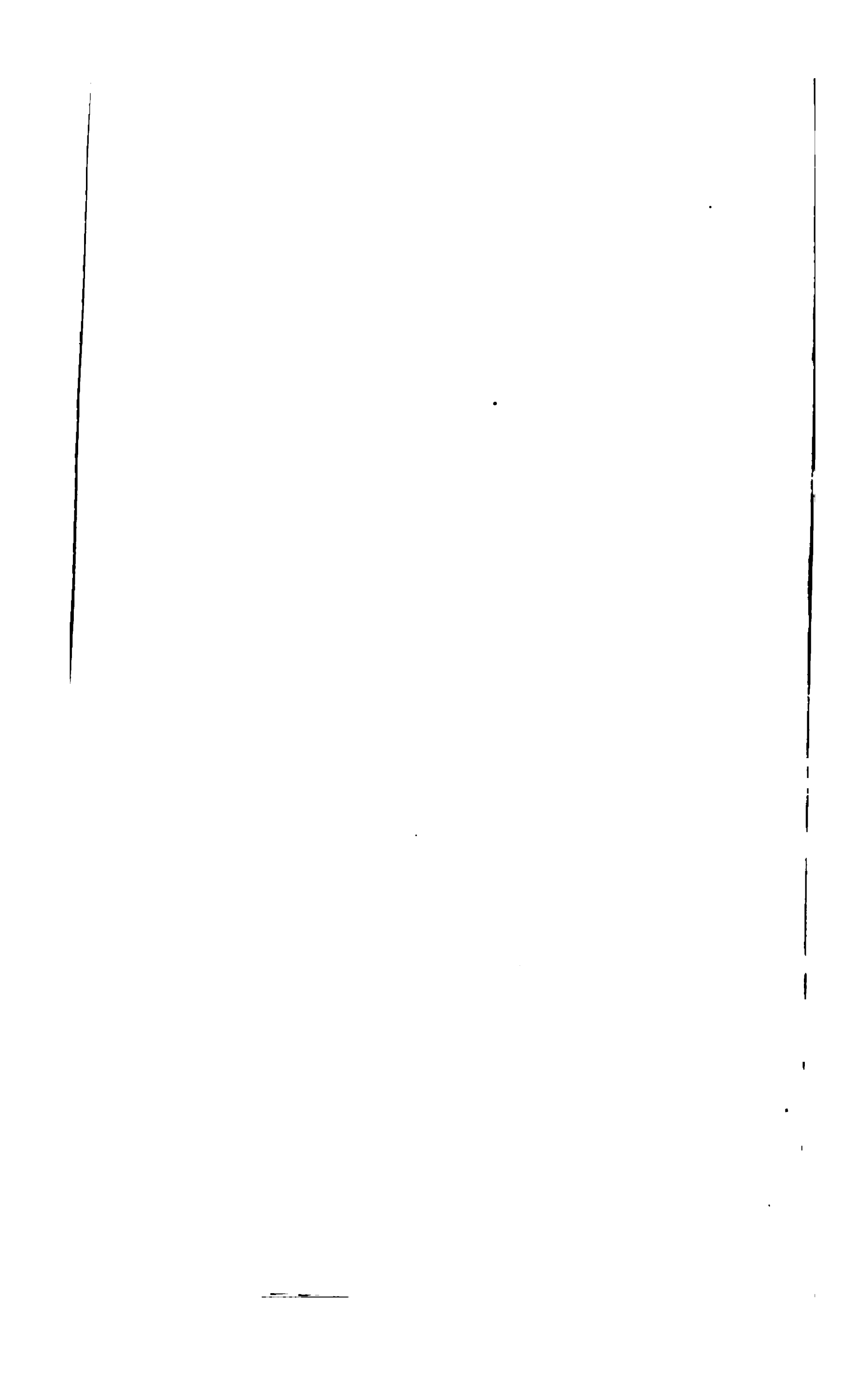
El Perfume de un Alma.—(Notas íntimas de un escultor.)

Los Peregrinos del Amor (drama).

EN PREPARACIÓN

La Égloga (novela).

El Sueño de una Mañana de Primavera (drama de Gabriel D'Annunzio, traducido del italiano)




3 2044 048 082

